SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

El patio

Biblioteca AISur

PERSONAJES

CARMEN
DOÑA ROSA
DOLORES
PETRILLA
REPOSO
PEPITA
NIEVECITAS
MATILDITA
CONCHITA
DOÑA VICENTA
LOLA
PEPE ROMERO
DON TOMÁS
DON CRISTINO
CURRITO
VERJELES
DON APOLINAR
ALONSO
DIEGO
PLÁCIDO
JUANITO
ROBERTO
ANTONIO
UN POBRE
VENDEDOR DE GAFAS
VENDEDOR DE DULCES
EL TÍO DE LOS PEJE-REYES

Acto primero

Patio de la casa de don Tomás, en Sevilla. Corredores al foro y laterales, con columnas. A la izquierda del actor, en primer término, cancela pintada de oscuro, que da al zaguán. A la derecha, también en primer término, el nacimiento de la escalera principal, que es de mármol blanco; en segundo término, una puerta vidriera, con medio punto de cristales de colores. Otra puerta igual a ésta a la izquierda del foro. A la derecha una ventana sin reja. Entre una y otra un piano abierto, sobre el cual hay un jarrón con flores, libros y papeles de música y dos o tres abanicos. Delante, un asiento giratorio de rejilla. Varias sillas y dos mecedoras. En el centro del patio un macetón con una planta grande, al cual rodean varias macetas con plantas más chicas. A los lados del piano y en otros huecos, maceteros de azulejos, también con plantas. A la izquierda de la cancela, el tirador para abrirla. Junto, un perchero. Delante de ella, a poca distancia, un biombo elegante de caña y tela fina de color claro. Suspendida del techo del corredor, y también delante de la cancela, una lámpara de cristal. Otro aparato de luz sujeto a la pared, entre la escalera y la puerta de la derecha. Las paredes blancas decoradas con fotografías de cuadros modernos. Zócalo de azulejos árabes. Suelo de mármol blanco. Es de día. Luz muy igual; se supone que hay un toldo corrido.

Dolores, arrodillada a la izquierda del actor, sobre una almohadilla de cuero y con los brazos al aire, aljofifa.

DOLORES.— *(Cantando.)*

Si er queré es güeno o malo
a un sabio le pregunté;
er sabio no había querío,
no me supo responde.
¿Qué quieres de mí,
si hasta el agüita que bebo
te la tengo que pedí?

(Canta Petrilla también, desde dentro, hacia la puerta de la derecha)

PETRILLA.—

Empecé por capricho,

zeguí por tema,
continué por desvelo
y acabé en pena.
Y de esta zuerte,
les temo a los caprichos
más que a la muerte.

DOLORES.— Esa arrastrá Petriya no para en tó er día *(Entra un pobre en el zaguán y llama.)* ¿Quién es?

POBRE.— ¡Alabado sea Dios!

DOLORES.— ¡Por siempre!... Un pobre.

POBRE.— Hermanita, ¿no hay una limosnita pa este probesito baldaíto que está esmayaíto?

DOLORES.— Dios le socorra a usté, hermanito.

POBRE.— San José bendito se lo pagará, hermanita... Ande usté, aunque sea un cachito e pan duro, pa una sardinita que me han dao aquí ar lao.

DOLORES.— Espérese usté. *(Llamando.)* ¡Petriya! ¡Tráete un piasito e pan... pa la sardina de este hombre! *(Volviendo a cantar.)*

Ven aquí, serrano,
siéntate a mi vera,
que te tengo que contá
la má de cositas güenas.

(Sale Petrilla por la puerta de la derecha, con unos pedazos de pan en el delantal.)

PETRILLA.— ¡Jozú con los pobres! No me dejan hace una faena zeguía. *(A Dolores.)* Oye, a éste ziempre le dan una zardina ahí junto.

DOLORES.— Se conose que han comprao una lata e conservas na más e pa é.

PETRILLA.— *(Dándole el pan al pobre.)* Tome, usté, hermanito.

POBRE.— Dios se lo pague a usté y se lo aumente. *(Besa el pan.)* Con Dios, hermanita. *(Vase.)*

PETRILLA.— Cierre usté la puerta ar zalí, que entra mucha caló.

DOLORES.— Ahora va ar 34, y la zardina se la hemos dao acá.

PETRILLA.— Escucha, Dolores, ¿a qué hora va a vení tu Esteban?

DOLORES.— Ya está ar cae.

PETRILLA.— ¿Zabe de zeguro zi ze va er zeñito Pepe?

DOLORES.— Ayé no lo sabía.

PETRILLA.— ¿Y zi ze va er zeñito, ze va con é?

DOLORES.— Figúrate tú, como es moso suyo hase tanto tiempo...

PETRILLA.— Pos mía que te hará una gracia que ze lleve a tu novio...

DOLORES.— Ésa es mi pena, porque como tome er tren... si te vide ya no me acuerdo.

PETRILLA.— Mujé, ¿tan poca ley va a tenerte?

DOLORES.— No, si la que no se acuerda soy yo. Me pasa eso, ¿sabes tú? Como no tenga a los novios elante no los pueo queré.

PETRILLA.— *(Bajando la voz.)* Azina debía zé la zeñita Carmen; y no que está pazándolas moras desde que la plantó el zeñito Pepe.

DOLORES.— *(Bajando también la voz y levantándose.)* Y que no le vale disimularlo, le sale a la cara a la pobresita. Por supuesto que er zeñito Pepe, guisao con arró no pagaba.

PETRILLA.— ¿Tú zabes por lo que han reñío?

DOLORES.-— Porque ér se cansó de noviajo a los tres meses de relasiones. Y prinsipió a fartá a la ventana; y hoy no venía, mañana le echaba un embuste, y pasao le escribía disiéndole que se iba a come con unos amigos... que luego resurtaban amigas, y al otro gorvía mu enfadao pa que eya no le dijera na... y en fin, la de tos los hombres cuando se les pone rompé con una.

PETRILLA.— Pos las relaziones las empezó mu encandilao.

DOLORES.— Y tanto. Como que no sabía apartarse un minuto de la casiya e la feria.

PETRILLA.— Ayí ze conocieron, ¿no?

DOLORES.— Cabalito. Er señorito es de Valensia. Vino aquí a Sevilla a pasa la Semana Santa, y vio a la señorita Carmen y le gustó más que toas las cofradías. Se quedó a la feria, se procuró conosimientos, lo trajo a la casa don Cristino... y entonces prinsipió a pasa fatigas.

PETRILLA.— ¿Por qué, tú?

DOLORES.— Porque la señorita Carmen, que paese que to lo echa a guasa, tocante ar queré es más formá que un número. Un mes anduvo er señorito detrás de eya. Quisiea yo que hubieras tú visto entonces a ese charrán; asina se queó de dergao. *(Mostrándole el dedo chico de la mano derecha.)* No podía come más que fideos finos.

PETRILLA.— Razón tenía la zeñita Carmen pa no hacerle cazo.

DOLORES.— ¿Sabes tú quién hizo que se arreglaran? Su tía.

PETRILLA.— ¿La zeñita Roza?

DOLORES.— No pué viví más que componiendo noviajos; el aqué de toas las solteronas.

PETRILLA.— Pos mira, pué zé que lo arregle otra vé.

DOLORES.— Ésas sí que están verdes. ¿No ves tú que la señorita Carmen está picá en su

orgullo y que er señorito don Tomás tampoco quié ese noviajo ni a tres tirones?

PETRILLA.— ¡Claro! Después de la mala partía der zeñito Pepe...

DOLORES.— A mí me da más pena, porque la señorita Carmen yegó a cobrarle cariño... y aunque dise que no, yo sé que pasa mu malitos ratos por é.

PETRILLA.— ¡Pobre zeñita Carmen! No quiziea yo más que zé hombre, y zé zeñorito, y no zé de la Argaba, pa zacarla e penas.

DOLORES.— Cáyate, que ahí viene.

PETRILLA.— Míala, qué bonita.

DOLORES.— Se le pué resá un Padrenuestro.

(Por la escalera llega Carmen.)

CARMEN.— ¿Quién era antes, tú?

DOLORES.— Er pobre de la sardina, señorita Carmen.

PETRILLA.— (Con *demotraciones de admiración)* ¡Ay, zeñita Carmen!

CARMEN.— ¿Qué te pasa?

PETRILLA.— ¡Ay, qué reprecioza está usté hoy!

CARMEN.— ¿Sí, eh? ¡Pues ya verás mañana!

PETRILLA.— Con formalidá. ¡Ay, qué rebién le zienta a uzté eze vestío!

DOLORES.— Es verdá que le sienta mu rebién.

CARMEN.— Cuando se casen ustedes, le regalo uno igual a cada una.

PETRILLA.— ¡Déjeme usté que le dé un beso, zeñita Carmen!

CARMEN.— ¡En eso estoy pensando! Con lo cochambrosa que estás.

DOLORES.—: Como que se ha peleao con el jabón.

PETRILLA.— ¡Mía qué grazioza! ¡En la cocina quiziea yo verte!

CARMEN.— Y yo a ti, conque anda ligera.

PETRILLA.— Güeno. *(A Dolores.)* ¿Tú haz acabao ya con este cubo?

DOLORES.— Sí; pues llevártelo tó. *(Petrilla recoje la almohadilla, la aljofifa y el cubo.)*

CARMEN.— Pero ¿todavía estás aljofifando?

DOLORES.— No, señora; sino que han venío unos parientes de esta calamidad y me han puesto er patio perdió con las botas.

CARMEN.— Temprano han empezado las visitas.

PETRILLA.— *(Cuando va a irse, en un nuevo arranque de admiración.)* ¿Zabe usté lo que le digo, zeñita Carmen? Que zi la viera a usté azín, no ze iba de Zeviya.

CARMEN.— Vamos, esta chiquilla es tonta.

PETRILLA.— Zí, zí; me chupo er deo. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

DOLORES.— Pos sí que tiene rasón Petrilla, señorita Carmen; si la viera a usté asín...

CARMEN.— Bueno, pero como no me verá... Y sobre todo, ¿te importa a ti algo?

DOLORES.— ¿No quié usté que me importe, señorita? Lo uno, porque es una picardía lo que ha hecho er señorito Pepe...

CARMEN.— Deja eso.

DOLORES.— Y lo otro, porque con ér se me va mi Esteban...

CARMEN.— Mejor. Así puede que te salga un novio con más cuerpo.

DOLORES.— Ave María, señorita; no es tan chico mi Esteban.

CARMEN.— No, media vara. Con el sombrero ancho parece un velador.

DOLORES.— Miste que tiene usté unas cosas

CARMEN.— Oye, ¿y es verdad que duerme en un cajón de la cómoda, junto a las tirillas del amo?

DOLORES.— Vaya, señorita Carmen...No se burle usté del infelí... Ya se ve, como er señorito Pepe tiene tan güen cuerpo...

CARMEN.— Algo bueno había de tener.

DOLORES.— Cuando yo digo...

CARMEN.— No digas nada: vete a arreglar tus cosas.

DOLORES.— Si estoy aquí aguardando a mi Esteban, que va a venir a desirme si se larga o no...

CARMEN.— Pues eso es importante.

DOLORES.— Como que yevamos tres días con el arma en un hilo, señorita: tan pronto nos vamos como nos queamos.

CARMEN.— ¿Sí, eh?

DOLORES.— Dise mi Esteban que er señorito Pepe está *guiyao.* Saca la ropa der ropero y la mete en er baú como si fuera a irse; luego se pasea por er cuarto, la saca der baú y la güerve a mete en er ropero. Y asín to er santo día.

CARMEN.— Le habrán mandado que haga gimnasia.

DOLORES. —Sí: échelo usté a broma.

CARMEN.— Eso debías hacer tú, inocente... Al fin y al cabo, ¿qué vas a perder? ¡Media libra de novio!

DOLORES.— Vamos, le ha caío a usté en gracia la estatura.

(Suena dentro, hacia la izquierda, un silbido intenso y prolongado.)

CARMEN.— En nombrando al ruin de Roma...

DOLORES.— Ahí está ya. *(Va hacia la cancela.)*

CARMEN.— Y que trae pulmones de persona mayor.

(Sale doña Rosa por la puerta del foro, vestida de hábito del Carmen y con gafas de oro. Trae en la mano una canastilla de costura.)

D.ª ROSA.— Oye, Dolores.

DOLORES.— *(Deteniéndose.)* ¿Qué quie usté, señorita?

D.ª ROSA.— Dile a tu novio que para llamarte se ponga cejuela, como las guitarras.

DOLORES.— Güeno, ¡se lo diré!

D.ª ROSA.— ¡Me ha asustado el demonio del hombre! *(Suena otro silbido.)*

CARMEN.—Y trae prisa.

D.ª ROSA.—Corre, corre a verlo, no vaya a silbar otra vez. *(Vase Dolores corriendo por la cancela, que deja entornada, doña Rosa sentándose a coser en una silla baja.)* Hija, no sabe una donde ponerse. ¡Qué calor hace hoy!

CARMEN.— *(Sentándose al piano y jugueteando con las teclas, mientras habla con doña Rosa.)* Calor de Agosto, tía Rosa.

D.ª ROSA.— Es verdad: de mañana en ocho, San Lorenzo. *(Pausa.)* ¿Tú sabes quién está arriba con tu padre?

CARMEN.— Sí, Verjeles. Ya creo que se va. ¡Qué fastidio de pretendientes!

D.ª ROSA.— No lo deja ni a sol ni a sombra. ¿Qué dices tú a eso?

CARMEN.— Que hoy al sol sí lo dejaría. ¡Ja, ja, ja! *(Breve pausa. Un Vendedor de dulces se asoma a la cancela.)*

VENDEDOR.— *(Gritando.)* ¿Se quiere güen durse de sidra?

D.ª ROSA.— No se quiere.

VENDEDOR.— No se puede. *(Se va.)*

D.ª ROSA.— ¿Digo, eh? ¡Pero qué descarado es ese tío! *(Nueva pausa.)* Pues para mí que tu padre...

CARMEN.— ¿Qué?

D.ª ROSA.— Digo que para mí que tu padre no hace bien en alentar a Verjeles... sabiendo que a ti no te gusta... y que puede que todavía el otro... ¿no?

CARMEN.— No, tía, no.

D.ª ROSA.— (Sería el primer noviazgo que yo no arreglara.) ¿Y por qué no, vamos a ver? Desde que tengo uso de razón, he visto que todos los novios riñen para hacer las paces... Luego se

pelean otra vez, si a mano viene, pero las primeras paces no faltan nunca.

CARMEN.— *(Dejando el piano y sentándose junto a su tía.)* Pues ahora faltarán, tía Rosa. *(Con firmeza.)* Ni él quiere hacerlas ni yo tampoco.

D.ª ROSA.— Él sí quiere.

CARMEN.— ¡Qué ha de querer, por Dios! Parece mentira que usted que dice que conoce el mundo... Pepe llegó a Sevilla a divertirse, a pasar una temporada alegre y de fiestas... Y lo que él se diría: para que no me falte nada necesito una novia... ¿Cuál? La primera que pase.

D.ª ROSA.— Y pasaste tú. Estaba escrito.

CARMEN.— Pero tachado luego. Se acabó la temporada de fiestas... y ahí te quedas, niña. Ahora ríe, llora o haz lo que más coraje te dé. Yo no tengo corazón y me voy tan fresco; si tú lo tienes, que lo dudo, porque ¿cómo has de tener tú lo que a mí me falta? Sufre un poco, echa unas lagrimitas que eso es muy sano, y ya se te pasará la rabieta... No estoy por que me amanezca más charlando en la ventana contigo... Aquellas cosas que yo te decía como si me salieran del alma, son mentira; mentira también las excusas para disculpar mi tardanza en ir a verte; mentira los pretextos para dejarte pronto... Todo mi cariño es mentira; ¿lo será el tuyo? ¡Me tiene sin cuidado! Adiós: ahí te quedas. (Se *levanta.)*

D.ª ROSA.— Eso debía yo decirte; adiós, ahí te quedas... ¡Qué torbellino!, ¡qué manera de desbarrar!

CARMEN.— Pero, ¿no es ésa la historia, tía?

D.ª ROSA.— Según y conforme, mujer.

CARMEN.— La prueba es que dicen que se va a su tierra... Buen viaje.

D.ª ROSA.— ¿Qué se ha de ir, muchacha? Si creo que lleva un mes haciendo y deshaciendo mundos... Le ha ganado a Dios que no hizo más que uno y tuvo que descansar el domingo...

CARMEN.— Se habrá impuesto esa penitencia.

D.ª ROSA.— ¿Y si yo te dijera que Pepe está arrepentido de lo que ha hecho?

CARMEN.— No lo creería.

D.ª ROSA.— ¿Con que no? Se conoce que no lo has visto como yo, pasar de noche, ya muy tarde, por delante de casa; llegar a la reja donde hablaban ustedes, ponerse a escuchar; seguir andando; desandar lo andado...

CARMEN.— ¿Y hasta ahora no se le ha ocurrido a usted decírmelo?

D.ª ROSA.— ¿Para qué atormentarte? Es más; la última noche que lo vi, tuvo la paciencia de besar uno por uno todos los hierros de la ventana... ¡que son veintitantos!

CARMEN.— Si lo llego a saber a tiempo, les doy pintura a prima noche.

D.ª ROSA.— ¡Qué mala idea!

CARMEN.— *(Riéndose)* ¿Y no cortó una ramita de yerbabuena para la sopa del día

siguiente?

D.ª ROSA.— *(Lo mismo)* ¡Anda! Y una de perejil, y se la puso en la solapa. No sé cómo lo echas a broma.

CARMEN.— Lo que yo no sé cómo usted quiere que vuelva a tomarlo en serio. (Se *aparta de su tía y se sienta a la izquierda en una mecedora.)*

D.ª ROSA.— Calla, que bajan ahí Verjeles y tu padre.

(En efecto, así es. Por la escalera llegan don Tomás y Verjeles.)

D. TOMÁS.— ¡A ver si aquí en el patio se respira un poco! *(Pasea agitado con demostraciones de mucho calor, abanicándose y secándose con el pañuelo constantemente el sudor del cuello y de la cabeza.)*

VERJELES.— ¡Y tanto como se respira! ¡Este patio es un paraíso!

CARMEN.— Sí, señor; encantado.

VERJELES.— (Cada vez más bella... y más *sugestiva.)*

D. TOMÁS.— ¡Uf!... ¡arriba es morirse!

D.ª ROSA.— Siéntese usted, Verjeles.

VERJELES.— No puedo, señora. Con harto dolor me veo obligado a trocar este deleitoso paraje por la calurosa vivienda del señor Morrillo, mi amigo y dueño.

CARMEN.— ¿Quién, ése tan gordo? ¡Ja, Ja, Ja! ¡Mire usted que al diablo se le ocurre irse a estas horas a ver a un señor gordo!...

D.ª ROSA.— ¡Niña!

D. TOMÁS.— ¡Dice muy bien! ¿Tú sabes el calor que despiden ahora los gordos? ¡Uf, qué fatiga!... Tres amigos muy gordos tengo yo, y he reñido con ellos hasta el invierno. Y son personas excelentes, bien educadas, instruidas, de amenísima conversación... ¡pero que me resultan tres estufas!

VERJELES.— Siempre tan propenso a la hipérbole.

D. TOMÁS.— Es claro, usted, como no suda... Pero yo... Tóqueme usted aquí, verá usted cómo estoy. *(Presentándole un costado a Verjeles y haciendo que lo palpe, lo mismo ahora que en lo sucesivo.)*

VERJELES.— No, si ya...

D. TOMÁS.— Tóqueme usted, hombre...

VERJELES.— Sí, en efecto...

D. TOMÁS.— Pues esto no es nada; mire usted por la espalda... Tóqueme usted, tóqueme usted...

D.ª ROSA.— Tomás, no seas pesado.

D. TOMÁS.— ¿Pesado? Tócame tú...

CARMEN.— Ay, papá...

D.ª ROSA.— Vamos, quita.

D. TOMÁS.— ¡Uf! ¡Qué barbaridad! Y con una pulga desde el lunes... *(Rascándose)* Nada, que ha tomado la tierra y no hay quien la eche. Ya se ve; tiene casa, comida, horas de recreo... ¡Pica, hija, pica! Verá usted, Verjeles, verá usted cómo me ha puesto el pecho de ronchas.

CARMEN.— Papá, por Dios...

D. TOMÁS.— ¡Míralo tú!... Parece la fachada vieja del Ayuntamiento, ¡Oh, qué hermosura de verano! ¿No, es verdad, Verjeles? Las noches... la luna... el aire el huerto orea. ¡Mucho, mucho! ¡Vamos, hombre, hasta la vergüenza se pierde en este tiempo; para que usted se entere!

VERJELES.— Y en invierno también.

D.ª ROSA.— ¡Toma! y hay quien no la tiene en las cuatro estaciones.

D. TOMÁS.— Señor, no es eso; es que acabamos de ver a la gorda de ahí enfrente en camisa. *(Doña Rosa y Carmen sueltan la carcajada.)*

D.ª ROSA.— ¡Qué cosas dices, hombre!

D. TOMÁS.— Ah, ¿no lo creen ustedes? Verjeles, ¿no es verdad?... Pero, señor, no se ponga usted colorado... ¡Ni que fuera usted el que andaba en paños menores!

VERJELES.— (¡También es gana de que se lo figuren a uno en calzoncillos!) Hoy está usted diabólico, don Tomás. Me retiro.

CARMEN.— Está tremendo. Y usted toma tan en serio todo lo que dice...

VERJELES.— ¿En serio? ¡Qué disparate! Yo no tomo en serio más que una cosa en este mundo.

CARMEN.— Sí; las citas del señor gordo.

VERJELES.— Carmencita...

CARMEN. —La prueba es que nos deja usted y se va a verlo.

D.ª ROSA.— Eso está más claro que el agua.

VERJELES.— ¿Usted también? Vaya, hoy no tengo aquí más que enemigos.

D. TOMÁS.— Bueno, pues del enemigo el consejo. Deje usted a Morrillo, váyase usted a su casa, póngase usted en calzones blancos...

VERJELES.— (¡Y dale!)

D. TOMÁS.— Tiéndase a la larga, eche una buena siesta.

VERJELES.— Sí, sí, y a la vida ideal que la parta un rayo. *(Despidiéndose.)* Doña Rosa... *(A Carmen.)* Rosa... a secas.

CARMEN.— ¡Huy, a secas!

VERJELES.— ¡Qué mala es usted! Don Tomás... *(Le coge una mano entre las suyas.)*

D. TOMÁS.— Adiós, amigo, adiós.

VERJELES.— No me olvide usted.

D. TOMÁS.— Pierda usted cuidado. Pero no me pase usted la mano por agua.

VERJELES.— ¿Cómo? (¡Qué grosería!) A los pies de ustedes... (¡Parece mentira que de un escarabajo haya salido una mariposa!) *(Vase por la cancela.)*

D. TOMÁS.— ¡Caray, qué cataplasma de hombre! Se llega más que un parche poroso. Ya le temo tanto como a Currito. ¡Y mira que Currito!...

CARMEN.— Pues tú tienes la culpa, papá. *(Se levanta de la mecedora en que estaba y se sienta en otra junto a doña Rosa.)*

D.ª ROSA.— Si no le dieras alas...

D. TOMÁS.— ¡Che, che, che, che! Me opongo a toda discusión. Verjeles me ha quitado media hora de siesta y no estoy por perder más tiempo. *(Déjase caer en la mecedora que ocupaba Carmen.)* ¡Ah, qué ganitas tenía de cogerla hoy!

D.ª ROSA.— ¿Vas a dormir ya?

D. TOMÁS.— ¿Cómo ya, si hace tres noches que no pego los ojos? Entre el calor y los mosquitos... ¡Otra delicia del verano! Todas las noches se me cuela uno dentro del mosquitero. No marra. Y es el mismo; lo conozco en la voz. Para mí que tiene una puerta secreta.

CARMEN.— Yo también llevo dos o tres noches desvelada.

D. TOMÁS.— Poca conversación, ¿eh?, que quiero dormirme. *(Se balancea en la mecedora y Carmen también. Pausa. Aparecen tras la cancela Alonso y Diego.)*

ALONSO.— *(A voz en grito.)* ¡Petraaa! *(Todos se estremecen.)*

D. TOMÁS.— ¡Maldito sea el demonio! ¿Una visita de la Algaba?

D.ª ROSA.— Y es la cuarta de hoy.

D. TOMÁS.— Hombre, pues que señale Petra un día de recepción.

ALONSO.— *(Como antes.)* ¡Petraaa!

D. TOMÁS.— *(Imitándolo.)* ¡Ya vaaa!

CARMEN.— ¡Qué voz más agradable tiene! *(Sale Petrilla por la puerta de la derecha muy corrida y va a abrir la cancela.)*

PETRILLA.— Es mi hermaniyo Alonzo, zeñito Tomás.

CARMEN.— Hija, pues llévalo a casa del afinador.

D.ª ROSA.— No quedarse ahí a la puerta, ¿eh? Entrar en la cocina.

(Entran en el patio Alonso y Diego. Alonso sigue a Petrilla, que va hacia la cocina, y se detiene a saludar a los señoritos; Diego, que viste uniforme de soldado de infantería, se queda

detrás del biombo.)

ALONSO.— Tengan ustés mu güeñas tardes.

CARMEN.— Buenas tardes.

ALONSO.— Me alegro de verlos a ustedes tan güenos

D. TOMÁS.— Gracias.

ALONSO.— ¿Están ustés güenos?

D. TOMÁS.— Pues hombre, ¿no acaba usted de decirme que se alegra?

ALONSO.— ¿Cómo está usté, don Tomás?

D. TOMÁS.— ¿Yo? Deseando dormirme, hijo de mi alma.

PETRILLA.— *(Impaciente.)* Vente, Alonziyo

ALONSO.— Y a a la zeñita Carmen y a la zeñita Roza las veo tan güenas...

D.ª ROSA.— Sí; vamos tirando.

ALONSO.— ¿Zigue usté güena, doña Roza?

D. TOMÁS.— ¿Otra vez?

ALONSO.— Y a don Tomás y a la zeñita Carmen los veo tan güenos...

CARMEN.— Sí, hombre, todos bien.

ALONSO.— ¿Y usté está güena, zeñita Carmen?

D. TOMÁS.— (¿Querrá un certificado del médico?)

ALONSO.— Y a la zeñita Rosa y a don Tomás...

CARMEN.— Sí, los ve usted tan buenos

D.ª ROSA.— Andar, andar a la cocina.

ALONSO.— *(A Petra.)* Oye, tú, que entre éze.

D. TOMÁS.— ¿Cómo ése? Pero ¿viene otro?

ALONSO.—- ¡Dieguiyo!

DIEGO.— ¡Eh!

ALONSO.— ¡Entra!

PETRILLA.— Ez un paizano... que es melitá...

DIEGO.— ¿Dan ustés zu permizo?

D. TOMÁS.— ¡Adelante, hombre! ¡Y dejadme dormir con cien mil de a caballo!

DIEGO.— *(Presentándose.)* Tengan ustés mu güenas tardes. Me alegro de verlos a ustés tan güenos...

D. TOMÁS.— (¡Adiós! ¡Trae el mismo estilo!)

DIEGO.— ¿La familia güena?

D.ª ROSA.— Sí señor, sí.

DIEGO.— ¿Y por caza?

CARMEN.— ¿Por qué casa?

D. TOMÁS.-— ¡Anda! Pues si le objetas, no acaba en un mes.

PETRILLA. —¿Queréis venirze?

ALONSO.— Mujer, déjalo que zalude.

DIEGO.— ¿Tienen ustés argo que manda a zu zervidó?

D.ª ROSA.— Nada, nada, que se vayan ustedes.

DIEGO.— Pos que no haiga ninguna novedá.

ALONSO.— Me alegro de verlos a ustés tan güenos.

DIEGO.— Expreziones.

(Entran en la cocina con Petra.)

CARMEN.— Y luego dirán que no son finos en la Algaba.

D. TOMÁS.— ¡Jesús que desesperación! Basta que uno quiera dormir...

(Un Vendedor de gafas grita desde la cancela con voz gangosa y grave y acento catalán:)

VENDEDOR.— Gafas de cristal de roca.

D. TOMÁS.— *(Fuera de sí.)* ¡Vaya usted a paseo!

VENDEDOR.— *(Imperturbable.)* Quevedos baratos.

D. TOMÁS.— ¡No se quiere nada!

VENDEDOR.— Anteojos, lentes...

D. TOMÁS.— ¡Pero hombre!

VENDEDOR.— Gemelos de teatro...

D. TOMÁS.— *(Levantándose desesperado y yendo a la cancela.)* ¿Cómo se le va a decir a usted que vemos todos bien?

VENDEDOR.— Usted perdone. *(Vase.)*

D. TOMÁS.— ¡Qué *tostón* de tío! ¡Voy a poner un guardia civil detrás de la puerta!

CARMEN.— Papá, no es para tanto...

D.ª ROSA.— El pobre señor tiene que ganarse la vida.

D. TOMÁS.— ¡Que se muera! *(Soplando fuerte.)* ¡Yo ya estoy loco de calor! *(Llamando y sentándose.)* ¡Petra! ¡Uf!, ¡cómo sudo! ¡Petra!

D.ª ROSA.— ¿A qué la llamas, hombre?

(Sale Petra.)

D. TOMÁS.— ¡Tráeme una talla de agua hasta arriba!

(Vase Petra.)

CARMEN.— ¿Más agua, papá?

D.ª ROSA.— Tomás, por Dios, que luego sudas doble...

D. TOMÁS.— ¡Pero si estoy seco, señor! ¡Si estoy abrasado! *(Vuelve Petrilla con una talla de agua que le da a don Tomás.)* Trae acá, Petrilla... *(Después de beber un poco.)* ¡Qué rica está! *(Continúa bebiendo largo rato.)*

D.ª ROSA.— Vas a criar ranas en el estómago.

D. TOMÁS.— *(Mientras bebe.)* Mejor.

CARMEN.— Papá, me da fatiga verte.

D. TOMÁS.— *(Con satisfacción.)* ¡Ay!... Ten ahí... *(Le devuelve la talla a Petrilla y ésta se va.)*

CARMEN.— ¿Te la has bebido toda?

D. TOMÁS.— ¡Toda! Y ahora es peor, lo verán ustedes.

D.ª ROSA.— Ya te lo dije.

D. TOMÁS.— ¡Míralo! ¡Ya estoy sudando a chorros! En fin, con tal de quedarme dormido... ¡Uf! No puedo aguantar ni la americana. (Se *la quita y la tira lejos.)*

CARMEN.— La verdad es que hoy hace un día de calor...

D.ª ROSA.— Estamos aclimatándonos para el Purgatorio.

D. TOMÁS.— Callarse ya.

D.ª ROSA.— Ya nos callamos, a ver si callas tú.

(Don Tomás y Carmen tratan de dormirse. Pausa.)

D. TOMÁS.— ¡Qué siestecita más hermosa voy a echar hoy!

CARMEN.— ¡Jesús!

D.ª ROSA.— *(Cabeceando.)* Me parece que yo también la entrego.

(Pausa. Los tres se van quedando dormidos. Hablan entre dientes, a media voz y sin abrir los ojos.)

CARMEN.— *(Tosiendo levemente.)* Ejem, ejem...

D. TOMÁS.— No tosas, hija.

D.ª ROSA.— ¡Qué fastidioso te pones, Tomás!

(Nueva pausa.)

D. TOMÁS.— Rosa, Rosa...

D.ª ROSA.— Qué.

D. TOMÁS.— ¿Estás ya dormida?

D.ª ROSA.— Sí.

D. TOMÁS.— Mujer, me extraña mucho la respuesta.

D.ª ROSA.— Hijo, pues más me extraña a mí la pregunta...

(Pausa.)

D. TOMÁS.— Carmen.

CARMEN. —¿Qué, papá?

D. TOMÁS.— Si te duermes antes que yo me lo avisas, para que no haya luego discusiones.

CARMEN.— Bueno.

(Pausa.)

D. TOMÁS.— *(Dándose una bofetada de repente.)* ¡Ladrón! Condenados mosquitos... *(Se le sale del pie una zapatilla. Pausa.)*

D.ª ROSA.— *(A Carmen, despabilándose, un poco.)* Oye, no vayas a soñar en alta voz con Pepe Romero, como ayer. *(Advirtiendo que no la oye y tornando a dormir.)* A la otra puerta.

(Pausa larga. Se oye en la calle, un poco lejos, el pregón lento y cadencioso del Tío de los peje-reyes.)

TÍO.— *¡Y... qué...vivos...los...peje...reyes!*

D.ª ROSA.— Las cuatro.

TÍO.— *(Algo más lejos.) ¡Pe...je...re...yes...y..qué...vi...vos!*

(Don Tomás empieza a roncar. Poco después llega Currito a la cancela y llama. Al sentir el

timbre se despiertan los tres sobresaltados y se miran con estupor. Petrilla sale a abrir.)

D. TOMÁS.— ¡Por vida del diablo!

CARMEN.— ¿Será visita?

D. TOMÁS.— Mujer, por Dios, ¿a estas horas?

CURRITO.— *(A Petrilla, que le abre la cancela.)* ¿Están los zeñores?

CARMEN, DOÑA ROSA y D. TOMÁS.— *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Currito!

PETRILLA.— Zí, zeñó; paze usté.

(Pasa Currito y mientras deja en el perchero el sombrero y el bastón, Carmen, doña Rosa y don Tomás se arreglan precipitadamente maldiciendo de él. Petrilla se va.)

D. TOMÁS.— *(Buscando y poniéndose su americana y la babucha que se le salió.)* ¡Mal rayo le parta!

CARMEN.— ¡Ay, qué sinapismo de niño!

D.ª ROSA.— ¡Mire usted que es mucha jaqueca!

D. TOMÁS.— ¡Lástima de tabardillo pintado!

CARMEN.— ¡Antipático!

D.ª ROSA.— ¡Burro!

(Al presentarse Currito cambia la decoración bruscamente y lo reciben con cara de Pascuas.)

D. TOMÁS.— ¡Currito!

D.ª ROSA.— ¡Tanto bueno por aquí!...

CARMEN.— ¡Dichosos los ojos!...

CURRITO.— *(Un poco cortado.)* Buenas noch... digo días, ¡tardes! ¿Como zigue usted doña Roza?

D.ª ROSA.— Bien, ¿y tú, hijo?

CURRITO.— Yo bien, gracias. ¿Y usted don Tomás?

D. TOMÁS.— ¡Tan famoso! (Y dormido por dentro y por fuera.)

CURRITO.— ¿Y usted, Carmencita?

CARMEN.— Perfectamente, Curro.

D.ª ROSA.— ¿No te sientas?

D. TOMÁS.— ¡Ya lo creo que se sienta; mujer! (¡Lo que no hará será levantarse en mucho

tiempo!)

CURRITO.— *(Sentándose junto a Carmen.)* Con permizo de ustedes. (Está la niña hoy que tira de *espardas.* Como pueda, me *arranco.)*

CARMEN.— Vaya, vaya con Currito.

D.ª ROSA.— ¿Qué hay, Currito?

D. TOMÁS.— ¿Qué lo trae a usted por aquí, Currito?

CARMEN.— Ya lo echábamos a usted muy de menos, Currito.

D. TOMÁS.— ¡Mucho! Sobre todo hoy. No hace dos minutos que estábamos diciendo: pero, hombre, ¿qué hará Currito que no viene? ¿Verdad, tú?

CURRITO.— Por lo visto ustedes no zaben que he estado fuera.

CARMEN.— Ni una palabra.

D.ª ROSA.— Y, ¿para qué has vuelto, hijo mío?

CURRITO.— ¿Eh?

D.ª ROSA.— Con el calor que hace en esta Sevilla.

D. TOMÁS.— Llevamos un verano horrible... Si sigue así yo no llego a la caída de la hoja. *(Invitándolo a que le toque la espalda.)* Mire usted, mire usted cómo estoy.

CURRITO.— Pues no me lo explico... en este patio tan hermozo... ¡En la calle quiziera yo verlo a usted!

D. TOMÁS.— (¡Toma! y yo a ti, ¡asesino!) *(Se sienta en la mecedora en que estaba.)*

CARMEN.— (¡Ay, me pesa cada párpado una arroba!)

CURRITO.— ¿Usted ziempre ha zentido mucho el calor, verdad don Tomás?

D. TOMÁS.— ¡Muchísimo! El calor... y sus naturales consecuencias...

CURRITO.— ¿Y a usted, doña Roza, qué le gusta más, el verano o el invierno?

D.ª ROSA.— El invierno. Se sale poco de casa... No hay que hacer visitas...

CURRITO.— A Carmencita le agradará más el verano.

D. TOMÁS.— (Pero ¿para esto ha salido un hombre de la fonda a todo sol y ha venido a despertar al prójimo?)

CURRITO.— ¿Qué dice usted a ezo, Carmencita?

CARMEN.— Que el verano me parecería adorable si no hubiese moscas...

CURRITO.— Pues yo a las moscas no les temo.

D. TOMÁS.— *(Como dándole mucha importancia al caso.)* ¡Caramba, hombre!

CURRITO.— A las pulgas, zí.

D. TOMÁS.— (Si pudiera yo soltarte la que tengo abonada...)

D.ª ROSA.— *(A Carmen.)* (Que te duermes, niña: úntate saliva en las orejas.)

CARMEN.— *(Obedeciéndola con disimulo y despabilándose.)* ¿Y qué tal le ha ido a usted

por el pueblo, Currito?

D.ª ROSA.— No le habrá ido muy bien cuando ha vuelto tan pronto.

CURRITO.— Es que hay cozas aquí que tiran de uno.

D. TOMÁS.— ¡Hola, hola!

CARMEN.— ¿Ésas tenemos?

CURRITO.— (Zi no eztuvieran delante los viejos, me *arrancaba.)*

D.ª ROSA.— Pues a nosotros nos habían dicho que te había enganchado una de allí.

CURRITO.— ¡En zeguida! No me *enrucho* yo tan fácilmente.

CARMEN.— ¿Que no se *enrucha* usted? ¿Y qué es *enrucharse,* Currito?

CURRITO.— ¡Como que no lo zabe usted mejor que yo!

CARMEN.— ¡Yo qué he de saber eso!

CURRITO.— ¡Guazona!

D.ª ROSA.— (¡Se anima el hombre! *(A Carmen.)* ¡Niña, no le des cuerda.)

D. TOMÁS.— *(Desperezándose un poco y como quien no pregunta nada.)* ¿Qué hora será ya?

D.ª ROSA.— Lo menos son las cinco.

CURRITO.— ¡Ca! A las cinco tengo yo que irme. *(Mirando su reloj.)* No zon más que las cuatro y cuarto.

D.ª ROSA.— ¡Jesús!

D. TOMÁS.— (¡Ea! ¡Pues ya sabemos del mal que hemos de morir!)

CARMEN.— (Yo voy a poner una escoba detrás de la puerta.)

(Don Tomás, Carmen y doña Rosa, hacen esfuerzos para no dormirse.)

CURRITO.— *(Queriendo reanimar la conversación.)* Bueno, bueno, bueno…

D. TOMÁS.— ¡Je!

CURRITO.— Anoche estuve en el teatro.

D. TOMÁS.— ¡Je!

D.ª ROSA.— *(A Carmen.)* (Ya no sale tu padre del ¡je! hasta que se vaya.)

CARMEN.— *(A doña Rosa.)* (Y hace bien; hay que apelar a los monosílabos.)

CURRITO.— Pues zí: es buena compañía.

D. TOMÁS.— ¡Je!

CURRITO.— Y me gustó mucho la obra...

D.ª ROSA.— ¿Sí?

CURRITO.— Zí. Y ezo que tuve que pagar revendedores... ¡Je, je!...Tiene, tiene gracia...

Verán ustedes. Primero zale uno y luego zale otro y cree que el otro ez otro... ¡Je, je! Ze arma un lío muy graciozo, y al final ze cazan y ze descubre to... ¿Ustedes no han ido?

D. TOMÁS.— No.

CURRITO.— ¿Todavía no?

D. TOMÁS.— No.

CURRITO.— Pero ¿irán ustedes?

D. TOMÁS.— ¡Je!

(Pausa.)

CURRITO.— Carmencita ze ha quedado dormida.

D.ª ROSA.— Sí.

CURRITO.— No ez extraño...

D. TOMÁS.— ¡Qué ha de ser extraño!

CURRITO.— Con el calor que hace y la...

D. TOMÁS.— Sí.

CURRITO.— Porque está pezadillo el día...

D. TOMÁS.— Sí.

(Doña Rosa hinca el pico, don Tomás lucha en vano contra el sueño y Currito, contagiado también, arrastra lánguidamente la conversación hasta que se queda cuajado.)

CURRITO.— Doña Roza zigue el ejemplo de Carmen...

D. TOMÁS.— ¡Je!

CURRITO.— Y usted también tiene ojillos de zueño...

D. TOMÁS.— No.

CURRITO.— Como es la hora de la ziesta...

D. TOMÁS.— ¡Je!

CURRITO.— ¿Ustedes duermen ziesta?

D. TOMÁS.— Si nos dejan, sí.

CURRITO.— ¡Je!

D. TOMÁS.— Lo que tiene que no nos dejan...

CURRITO.— ¡Je!

D. TOMÁS.— ¡Je! *(Pausa. Los cuatro duermen. De pronto don Tomás abre un ojo, ve a Currito dormido, se indigna y se levanta y llama a doña Rosa en voz baja.)* Rosa... Rosa...

D.ª ROSA.— *(Despertando.)* ¿Qué quieres?

D. TOMÁS.— *(Señalando a Currito.)* Mujer, ¿tú no ves esto?

D.ª ROSA.— ¡Se ha dormido! ¡Qué poca vergüenza, señor!

D. TOMÁS.— *(Llamando a Carmen lo mismo.)* Carmen... Carmen...

CARMEN.— *(Despertando.)* ¿Qué ocurre?

D. TOMÁS.— ¡Mira!

CARMEN.— ¡Digo! ¿Le parece a usted?

D. TOMÁS.— *(Amenazándolo con los puños cerrados.)* ¡Maldito sea!...

CARMEN.— Ahora verás tú. A dormir que se vaya a su casa. *(Se levanta, se sienta al piano y toca fuerte unas escalas.)*

CURRITO.— *(Despertándose sobresaltado.)* ¡Eh! ¿Quién toca?

D.ª ROSA.— Ésta. Pero no te preocupes.

D. TOMÁS.— Siga, siga usted.

CURRITO.— *(Levantándose corrido.)* No... no... me voy ya... porque... porque ze están ustedes durmiendo... y yo también.

D. TOMÁS.— (¡Gracias a Dios!)

CARMEN.— Hay aquí tan pocas distracciones...

CURRITO.— (¡Me la *zortó*!) *(Despidiéndose.)* Pues...doña Roza...

D.ª ROSA.— Adiós, hijo mío; que descanses.

CURRITO.— Don Tomás...

D. TOMÁS.— Adiós, pimpollo. (¡Me parece mentira que te largas!)

CURRITO.— Carmencita... Hasta luego; vendré a la noche...

CARMEN.— Ya más despabilao, ¿no?

CURRITO.— ¡Je, je! *(Bajo a Carmen.)* Tengo que hablar con usted a zolas.

CARMEN.— (¡Pues era lo único que me faltaba!)

D.ª ROSA.— Acompáñalo a la cancela, Tomás.

D. TOMÁS.— *(Obedeciendo.)* Descuida, mujer. Eso es cuenta mía.

CURRITO.— No ze moleste, no. *(Coge su bastón y un sombrero que no es el suyo.)*

D. TOMÁS.— Me parece que se lleva usted mi sombrero.

CURRITO.— Hombre, es verdad. *(Cambiándolo.)* El mío ez éste. Usted perdone el *calambur.*

D. TOMÁS.— Adiós, buen mozo.

CURRITO.— Con Dios. *(Se va por la cancela. Viene de la calle Dolores, que habla primero desde dentro.)*

DOLORES.— No sierre usté, señorito don Tomás. *(Sale por la cancela y la deja entornada.)*

D. TOMÁS.— ¿Que hacías en la calle? *(Volviendo al lado de Carmen y doña Rosa seguido de Dolores.)* ¿Han visto ustedes en su vida un paso por el estilo?

DOLORES.— *(Muy afligida.)* Er señorito Pepe Romero viene ahí.

CARMEN.— ¿Qué?

D. TOMÁS.— ¿Otro? Pero hombre, ¿es que la humanidad tiene empeño en que yo no duerma?

DOLORES.— Viene a despedirse; creo que se va mañana.

D.ª ROSA.— *(Levantándose.)* ¿Que se va?

DOLORES.— (¡Me deja sin novio!)

D. TOMÁS.— ¡Pues que se despida de su abuela! ¡Se acabó! ¡Yo no quiero verlo! *(Vase refunfuñando por la escalera.)*

CARMEN.— ¡Ni yo tampoco!

D.ª ROSA.— ¡Muchacha!

CARMEN.— Déjeme usted, tía. *(Vase por la puerta del foro.)*

D.ª ROSA.— Se van los dos... ¿Qué dirá el otro al verme sola?... Después de todo, puede que no lo sienta.

(Pepe Romero llega a la cancela y llama.)

DOLORES.— *(En voz baja.)* Er señorito es.

D.ª ROSA.— Abre y vete, Dolores.

DOLORES.— *(Acercándose a la cancela primero, y yéndose después por la puerta de la derecha.)* Empuje, usté, señorito; no está serrao. (Escuchando me queo detrás e la puerta.)

D.ª ROSA.— *(Impulsando violentamente una de las mecedoras y sentándose al lado en una silla.)* Que conozca que se acaba de ir.

PEPE.— ¡Mi amiga doña Rosa!

D.ª ROSA.— ¡Pepe! ¿Cómo tú por aquí, perdido?

PEPE.— ¿Y Carmen? *(Reparando en el movimiento de la mecedora.)* ¿Estaba en esta mecedora?

D.ª ROSA.— ¿Te importa a ti algo Carmen?

PEPE.— Cuando le pregunto a usted por ella... cuando vengo....

D.ª ROSA.— Sí, sí... Pero siéntate, hombre. *(Pepe se sienta en la mecedora.)* Y dime, ¿a qué debemos el honor?... Yo estaba por mandar que repicaran gordo. Por lo menos que Petrilla arme ruido con el almirez.

PEPE.— ¡Ja, ja! Veo que gana usted en buen humor con los años.

D.ª ROSA.— Vaya, hombre, te ha faltado tiempo para llamarme vieja. Bueno, bueno; yo me vengaré.

PEPE.— Tiene que ser muy pronto.

D.ª ROSA.— ¿Pronto?

PEPE.— Sí, señora; porque vengo de despedida

D.ª ROSA.— ¿Adonde te vas?

PEPE.— A Valencia.

D.ª ROSA.— ¿Cuándo?

PEPE.— Mañana.

D.ª ROSA.— Pues si te vas mañana a Valencia, ¿a qué vienes aquí? ¿No has podido despedirte de otra manera?

PEPE.— Despedirme, sí; pero como yo vengo a algo más...

D.ª ROSA.— ¿Tú?

PEPE.— Sí, señora; vengo a saber si vuelvo muy pronto o si me marcho para siempre.

D.ª ROSA.— Y qué serio lo dices, hombre. Cualquiera que no te conociese te creería.

PEPE.— ¿Usted no?

D.ª ROSA.— Yo no. Pero explícate: ¿cuál es tu plan, de quién depende en esta casa?

PEPE.— ¿Quiere usted que le regale el oído?

D.ª ROSA.— ¿De mí, quizás?

PEPE.— De usted... y de Carmen.

D.ª ROSA.— ¿Ahora estamos en eso?

PEPE.— Por Dios, doña Rosa, sáqueme usted de dudas... ¿Se acuerda alguna vez de mí?

D.ª ROSA.— Muchas. Pero es para ponerte como un trapo. Por supuesto, yo creo que está benévola.

PEPE.— Cierto; mi conducta... Pero, en fin, con tal que se acuerde...

D.ª ROSA.— Sí, aunque te llame perro judío... Lo que dice Verjeles:

Ya que así me miráis, miradme al menos...

La verdad es que te has portado como un gitano. Y ahora lo menos pretenderás...

PEPE.— Hablar con ella... que me escuche.....

D.ª ROSA.— ¡Hipocritón!

PEPE.— No, doña Rosa; crea usted que soy sincero. Es que no puedo más, es que me abruma esta carga de remordimientos, de alfilerazos... ¡Cuidado que hace falta ser bruto para reñir con Carmen!

D.ª ROSA.— Muy bruto; en eso estaba yo.

PEPE.— ¡Mucho más de lo que usted se figura!

D.ª ROSA.— Es que yo me figuro mucho.

PEPE.— Mire usted, señora; yo he sido toda mi vida un botarate, palabra de honor.

D.ª ROSA.— Veo que hoy te has levantado conociéndote.

PEPE.— He tenido novias por capricho, por pasar las horas, a veces por fastidiar a un pretendiente que me era antipático... por molestar a una mamá que no podía tragarme, y las he dejado como la cosa más natural del mundo... como se deja el paraguas para coger el bastón cuando ya no llueve. Eso hice con Carmen. ¿Quiere usted más lealtad en mí? Pero ahora me encuentro con que ella es otra cosa.

D.ª ROSA.— Sí, lo que es un paraguas no ha sido nunca.

PEPE.— Conque la dejé sin deber dejarla; conque la quiero olvidar y me acuerdo de ella a todas horas; conque estoy loco, conque no duermo; conque no vivo... Y a todo esto mi padre me manda llamar desde Valencia por un telegrama que arde en un candil... Y yo no me voy sin pedirle a Carmen que me perdone. *(Exaltándose.)* ¡Y si no me perdona me doy un tiro, y a ella dos, y tres al papá, y a usted seis!

D.ª ROSA.— ¡Jesús, hijo! Como vienes de despedida, vienes de tiros... largos.

PEPE —Bueno; déjese usted de bromas.

D.ª ROSA.— Ah, pero ¿eso de los tiros va en serio?

PEPE.— Casi, casi. Yo necesito hablar con Carmen esta noche.

D.ª ROSA.— Pues ven y habla.

PEPE.— No se haga usted la sorda... Ayúdeme usted...

D.ª ROSA.— No debía, porque no me gusta meterme en ciertos asuntos... Sin embargo, basta que se trate de mi sobrina, para que yo...

PEPE.— Dios se lo pague a usted.

D.ª ROSA.— Acude esta noche a la reja a eso de la una.

PEPE.— ¿Saldrá Carmen?

D.ª ROSA.— Si no sale ella, saldré yo.

PEPE.— Ya comprenderá usted que no me da lo mismo.

D.ª ROSA.— ¿Y qué vamos a hacerle? Suponte que no la convenzo.

PEPE.— ¡Por Dios, doña Rosa!...

D.ª ROSA.— No; y si no habéis de hacer las paces, más vale que no salga a la reja.

PEPE.— Lo que es como salga, las hacemos. Me verá humilde, noble, franco, serio, leal, decidido a todo... Yo soy un hombre que se lleva a un cura debajo del brazo... ¡y nos casa allí!

D.ª ROSA.— ¡Qué loco!

PEPE.— *(Levantándose y abrazándola.)* ¡Ah, tía! —porque usted ya es mi tía—, ¡me devuelve usted la tranquilidad! ¿A la una, eh? ¡Esto ya es vivir!

D.ª ROSA.— *(Levantándose también.)* Baja la voz; que no se entere nadie. No quiero que se entere nadie.

PEPE.— Ni yo tampoco. Nadie.

(Sale Dolores por la puerta de la derecha y se encamina a la escalera, por donde luego se va mirando de reojo a Pepe. Trae en la mano una copilla con alhucema, humeando.)

D.ª ROSA.— ¡Pero, qué manía tienes tú de sahumerios a todas horas! ¿Adonde vas con eso?

DOLORES.— Arriba, señorita que ha hecho *Napoleón* una de las suyas...

D.ª ROSA.— Sí, para quien te crea... (Lo que tú quieres es ver si pescas algo.) Aguarda un momento. *(A Pepe en voz baja.)* Oye.

PEPE.— Qué.

D.ª ROSA.— Tú, pase lo que pase, ¿te irás mañana?

PEPE.— Creo que sí.

D.ª ROSA.— ¿Quieres despedirte de mi hermano Tomás?

PEPE.— ¡Desde luego! Todo lo que sea suavizar asperezas...

D.ª ROSA.— Me parece muy bien. *(A Dolores.)* Dile a mi hermano que baje, que el señorito Pepe quiere despedirse de él.

DOLORES.— (¡Na, que se las *guiya;* que me deja er mu perro sin mi Esteban!) *(Sube.)*

D.ª ROSA.— Y tú espera un poco que ahora salgo.

PEPE.— ¿Adonde va usted?

D.ª ROSA.— También es mucha curiosidad...

PEPE.— Usted perdone.

D.ª ROSA.— (A ver qué hace esa pobre muchacha...) *(Vase por la puerta del foro.)*

(Sale Petrilla por la puerta de la derecha con una botella en la mano, y se va por la cancela, dejándola entornada. Hasta que se va no le quita ojo a Pepe.)

PEPE.— Las criadas me miran como una cosa rara... Se conoce que les sorprende mi presencia aquí... Y la verdad es que hubiera sido una estupidez —¡la mayor de todas!— marcharme sin decir una palabra... sin intentar siquiera... ¡Qué contento estoy!... En este patio... que es el suyo... donde he entrado tantas veces como un animal... Sí, porque yo hasta ahora no he visto bien lo bonito que es este patio... ¡Cuidado que es bonito de veras!... ¡Y qué alegre!... ¡y qué limpio!... ¡y qué fresco!... *(Suspirando.)* ¡Ay!... Hombre, el piano abierto... El mismo de la casilla de la feria... Si éste hablara... *(Distraído, pone una mano sobre las teclas y suenan.)* ¡Cáscaras!, ¡que me pareció

que iba a hablar! (Se *acerca a ver los papeles que hay en el atril.)* ¡Qué gracia tiene! El vals que tocaba para darme a entender que iba a las *Delicias* sin su padre... *(Coje un abanico que hay sobre el piano.)* Este abanico es suyo... no hay más que verlo... *(Se hace aire con él.)* ¡Qué aire tan rico!... La verdad es que me estoy volviendo un poco poeta... *(De pronto deja de hacerse aire y principia a pasar una por una las varillas del abanico hasta que lo cierra del todo.)* ¡Bah! ¡qué tontería! ¿Pues no dice el abanico que no me quiere? *(Lo deja.)*

(Vuelve doña Rosa.)

D.ª ROSA.— Mira, Pepe, ahora mismo tomas el tren y te vas a Valencia.

PEPE.— *(Alarmado.)* ¡Señora!

D.ª ROSA.— Es inútil cuanto se haga. He visto a Carmen... No quiere oírte, ni verte, ni entenderte.

PEPE.— Pero ¿usted le ha dicho que yo...?

D.ª ROSA.— Inútil, inútil todo. Ah, y lo que es con la salidita a la reja no sueñes.

PEPE.— Entonces, ¿qué vamos a hacer?

D.ª ROSA.— Ven luego a la tertulia... y ya veremos.

PEPE.— ¿Cómo he de venir, doña Rosa, con la gente que aquí se reúne? El moscón de Verjeles, el animal de Currito...

D.ª ROSA.— Pues hijo, no vengas... Yo no puedo hacer más.

PEPE.— Dice usted bien; vendré... ¿qué remedio? Y si no consigo hablar con ella esta noche, le escribiré a mi padre que me he roto el bautismo y que me es imposible ponerme en marcha... Se acabó. Conque hasta la noche.

D.ª ROSA.— ¿Te vas sin ver a mi hermano? Ahí baja ya...

PEPE.— ¿Y para qué, si he de volver luego? Lo saludaré, sin embargo.

(Por la escalera llega don Tomás, despeinado y con un lado de la cara muy rojo. Se conoce que dormía como un bendito y que lo acaban de despertar.)

D. TOMÁS.— (¡La despedidita de Dios!... Me ha cogido en lo mejor del sueño...)

PEPE.— ¡Mi señor don Tomás!, ¿cómo vamos?

D. TOMÁS.— Así... medianamente ¿Y usté? *(Va a darle la mano y se la lleva a una pierna antes de que Pepe la estreche.)* ¡Ay! Usted perdone; se me ha dormido esta pícara pierna...

PEPE.— (¡Como que vienes tú dormido de arriba abajo!)

D.ª ROSA.— Hazte una cruz con saliva en la babucha.

D. TOMÁS.— ¡Qué cruz ni qué!... *(A Pepe.)* ¿Conque a Manila?

D.ª ROSA.— ¡A Valencia, hombre!

D. TOMÁS.— Digo, a Valencia... *(Estornudando.)* ¡ Ah... chis!... Ya lo he pillado. Ah... chis!...

PEPE.— ¡Jesús!

D. TOMÁS.— Otra hermosura de esta época ¡Ah... chís!... Cojo los catarros a vuelo... ¡Ah... chis!...

D.ª ROSA.— ¡Vaya por Dios!

D. TOMÁS.— ¡Ah... chis!... Así hasta nueve. Es una fatalidad... ¡Ah... chis!... Seis.

PEPE.— ¡Pero, hombre!

D. TOMÁS.— ¡Ah... chis!... Siete. Hasta nueve, ya digo. ¡Ah... chis!...

D.ª ROSA.— Ocho.

PEPE.— (¡Me está poniendo más nervioso que estaba!)

D. TOMÁS.— ¡Ah... chis!... ¡Y nueve! ¡El último es atroz!

D.ª ROSA.— ¡Qué fastidio!

D. TOMÁS.— *(Dándole la mano a Pepe.)* Bueno, pues ya sabe usted dónde nos deja.

PEPE.— No, si a despedirme volveré luego.

D. TOMÁS.— *(Estupefacto.)* ¿Cómo luego?

PEPE.— A la noche... a la tertulia...

D. TOMÁS.— *(Furioso.)* (Entonces ¿a qué porra me han despertado a mí?)

PEPE.— *(Despidiéndose.)* Adiós, doña Rosa... *(Con sonrisa muy acentuada.)* don Tomás...

D. TOMÁS.— *(Fingiendo una sonrisa semejante.)* Adiós. (¿Qué hago, lo ahogo?)

PEPE.— Hasta la vista. *(Vase. Momentos antes de irse Pepe sale Petrilla por la cancela y baja Dolores.)*

PETRILLA.— (¡Ze va er mu mala zangre!)

DOLORES.— (¡Se fue er mardito!)

D. TOMÁS.— *(A Dolores, hecho un energúmeno.)* ¡Tú!, ¿por qué me has llamado?

DOLORES.— La señorita Rosa me lo mandó.

D. TOMÁS.— *(Dando una vuelta y encarándose con su hermana.)* ¿Tú?

D.ª ROSA.— Déjame ahora... Está tu hija llorando a lágrima viva... *(Vase muy aprisa por la puerta del foro.)*

D. TOMÁS.— ¿Mi hija?

DOLORES.— ¿La señorita Carmen?

PETRILLA.— ¡Probé zeñita Carmen!

D. TOMÁS.— ¿Y por ese pirata? ¡Bribón, mala persona!

DOLORES.— ¡Ande usté y que se vaya con viento fresco!

D. TOMÁS.— ¿Qué viento fresco? ¡Con más calor que nunca!

PETRILLA.— ¡Ajolá ze le pierda er baú!

DOLORES.— ¡Ajolá escarrile!

D. TOMÁS.— ¡Yo no le deseo más sino que se case con una gorda! *(Corriendo hacia la puerta del foro.)* ¡Pobrecita mía!

(Petrilla y Dolores se miran consternadas.)

Fin del acto primero

Acto segundo

La misma decoración del acto primero.

(Es de noche. Las luces del patio encendidas. Luz también en el zaguán y en la escalera. La cancela está abierta durante todo el acto. Don Tomás y Verjeles juegan al ajedrez en primer término de la derecha del actor. Junto a ellos, en segundo término, cuchichean doña Vicenta y Conchita. Más allá Plácido y Reposo bostezan y se aburren, el uno viendo un periódico ilustrado y la otra haciendo una labor de aguja. A derecha e izquierda del piano dos parejas formadas por Antonio y Lola y Pepita y Juanito, charlan por los codos. En particular, Antonio y Lola están como hipnotizados mutuamente. Don Apolinar lee un periódico taurino de pie junto a la cancela. Don Cristino, Currito y Roberto van de aquí para allá. Doña Rosa no aparece en escena. Hombres y mujeres visten bien. Ningún detalle cursi. A telón corrido se canta y se baila con acompañamiento de piano y castañuelas la siguiente seguidilla:)

Me dijiste veleta
por lo mudable:
si yo soy la veleta
tú eres el aire.
Que la veleta,
si el aire no la mueve
siempre está quieta.

Se oyen algunos «¡oles!» y muchas palmas a la terminación de la copla, y entonces se levanta el telón. Carmen y Nievecitas aparecen en medio del patio, como si acabasen de bailar, Matildita sentada al piano.

CARMEN.— *(Quitándose las castañuelas de los dedos.)* Se acabó: ya no bailo más.

NIEVECITAS— *(Lo mismo.)* Ni yo tampoco.

D. CRISTINO— ¿Digo, eh? Ahora que se iba animando esto.

CARMEN.— ¿Quién es el ama de estos palillos?

MATILDITA.—Yo. Déjalos aquí sobre el piano. *(Carmen lo hace.)*

NIEVECITAS— Toma tú los tuyos, Conchita. *(Se los da y se sienta a su lado.)*

CONCHITA.— *(A doña Vicenta.)* Guárdatelos, mamá.

D. CRISTINO— Pues nos dejan ustedes con la miel en los labios.

ROBERTO.— *(A Carmen.)* ¿Quiere usted que bailemos los dos?

CARMEN.— *(Sentándose a la izquierda, en primer término.)* Ay, no, Roberto; si estoy cansadísima... Baile usted con Matilde.

MATILDITA.— Entonces, ¿quién va a tocar el piano?

ROBERTO.— Dice usted muy bien. Bailaré con Concha.

CONCHITA.— *(En tono de burla.)* Tendrás que quitarte el chaqué.

ROBERTO.— Espantárame a mí que no se hablara del chaqué.

NIEVECITAS— La verdad que es un poquillo largo.

CARMEN.— ¡Parece una casulla! *(Todos se ríen.)*

MATILDITA.— *(Pasando al lado de Conchita y sentándose.)* ¿Le ha costado a usted mucho, Roberto?

ROBERTO.— Ya, ya está armada.

D. CRISTINO— ¡Lo trae como ventilador! *(Nuevas risas.)*

CURRITO.— ¡Valiente pitorreo!

CARMEN.— Y hay que agradecérselo. Yo, cuando pasa por mi lado, siento un fresquito...

D. TOMÁS.— Sí, sí, fresco esta noche... No se mueve una paja... ¡Maldito sea el calor!

(Currito se dedica a rondar a Carmen, sin atreverse a sentarse junto a ella, y como pensando el modo de entrar en conversación. Verjeles lo mira con recelo de cuando en cuando.)

VERJELES.— *(A don Tomás.)* Usted juega.

D. TOMÁS.— *(A Verjeles.)* Jaque al rey. Rey y reina, amigo mío. Lo he reventado a usted.

VERJELES.— ¡Diablo! es verdad... ¿Y qué hago yo ahora?

ROBERTO.— *(Por meterse en todo.)* Llevar el rey a la negra; no hay otra salida. A esta blanca no puede ir; y jugando lo que yo le digo a usted pierde don Tomás un caballo, porque...

D. TOMÁS.— ¿Quiere usted callar? Si voy a jugar contra toda la tertulia...

D. APOLINAR—*(Con voz campanuda y tono solemne.)* ¡Caramba, caramba! *(Leyendo.)* «El cuarto saltó la barrera frente al uno...» ¡Demonio, demonio! *(Continúa leyendo entre dientes.)*

CURRITO.— (Pues, zeñor, eze Verjeles no me quita ojo.)

NIEVECITAS— Oiga usted, don Cristino.

MATILDITA.— ¡Don Cristino!

CONCHITA.— ¡Don Cristino!

D. CRISTINO— *(Acercándose a ellas.)* Manden al viejo las rositas de Jericó. ¡Ay, qué veinte añitos me están haciendo falta!

NIEVECITAS— ¿Veinte más, don Cristino?

D. CRISTINO— No, hija de mi alma; cuarenta menos, (¡Vaya un *saracatepeque* el de esta chispa!) *(Por el pecho.)*

NIEVECITAS— ¿Cómo ha dicho usted que es el tango de moda?

D. CRISTINO— ¿Cuál?, ¿el de la «capucha y vente»?

CONCHITA.— Sí.

D. CRISTINO— Hacedme un huequecito. *(Se coloca entre ellas.)*

MATILDITA.— Vamos a ver, vamos a ver.

CONCHITA.— Mamá, no te duermas; ya verás que bonito es ese tango.

D. CRISTINO— Y que lo canto yo como los ángeles.

NIEVECITAS— Vamos allá.

(Sale doña Rosa por la puerta del foro y se detiene a oír a don Cristino.)

D. CRISTINO— *(Cantando a media voz.)*

Si alguna vez tú riñeras
por causa mía
con toa tu gente...
¡Gracioso!
Por los ojos de tu cara
coge la capucha y vente...
¡Gracioso!
Tú eres la tonta inocente,
tú eres la tonta perdía,
que por estar con tu gente
no estás a la vera mía.
¡Los hombres!

D.ª ROSA.— ¡Que mal lo hace usted, don Cristino!

D. CRISTINO.— ¡Señora!

NIEVECITAS— Lo que lo canta es al pelo.

MATILDITA.— Muy requetebién; diga usted que sí.

D. CRISTINO.— *(Tomándole la cara.)* ¡Gracias, pimpollo!

D.ª VICENTA.— Pues yo le encuentro mucha guasa al tango ése. Tangos los de Cádiz.

ROBERTO.— Para tango bonito aquel que dice: *(Cantando.)*

Jerez de la Frontera
tuya es la fama...

D. CRISTINO.— *(Huyendo.)* ¡Hombre, por Dios, si eso es más viejo que el cocido de papas y garbanzos!

ROBERTO.— Bueno, pero...

D. CRISTINO.— Nada, no le dé usted vueltas.

ROBERTO.— ¡Qué famoso es este don Cristino!

(Don Cristino se pone a hablar con doña Rosa, refiriéndose a Carmen. Roberto se queda en el grupo formado por las muchachas y doña Vicenta, donde se habla por los codos y se ríe sin cesar.)

D. APOLINAR.— ¡Caramba, caramba! *(Leyendo.)* «Lo alcanzó al rematar un quite...» ¡Demonio, demonio! «La herida es de pronóstico reservado» ¡Mala cosa, *Lechuguita,* mala cosa! *(Sigue leyendo.)*

D.ª VICENTA.— *(En voz baja.)* ¿Se han fijado ustedes en Carmen?

NIEVECITAS.— Algo le ocurre.

MATILDITA.— Está muy triste y muy parada.

CONCHITA.— Parece otra.

ROBERTO.— Yo les contaré a ustedes...

VERJELES.— *(Que no cesa de volver la cabeza para mirar a Carmen.)* (¿Habla con ella ese animal de Curro?)

D. TOMÁS.— Conste que me he comido este alfil con mi caballo, ¿eh? (¡Un salto de medio tablero! Para que te embobes.)

CURRITO.— (Yo me *arranco* ahora mismo.) *(A Carmen.)* La encuentro a usted ojeroza...

CARMEN.— ¿Sí? ¿Y qué?

CURRITO.— Nada; que la encuentro a usted ojeroza...

CARMEN.— Bueno.

CURRITO.— O... ojeroza... *(Sin saber qué decir.)* Y... y... la... (Pues, zeñor me *atarugo* en habiendo gente. Me *arrancaré* cuando esté zola.)

D. CRISTINO.— *(A doña Rosa.)* Descuide usted y déjelo a mi cargo.

D.ª ROSA.— En usted confío. Yo lo que quiero es que se arreglen.

D. CRISTINO.— Eso queremos todos.

PEPITA.— *(Riñendo con Juanito.)* ¡No, no y no!

JUANITO.— ¿Vuelta a lo mismo?

PEPITA.— Y me echaron a mí la culpa en tu casa de que te dieran calabazas en Francés.

JUANITO.— ¿Quién te ha dicho eso?

PEPITA.— Un pajarito que me lo cuenta todo. Y tu padre se ponía: «Tiene la culpa aquella muñeca». ¡Y a mí no me llama tu padre muñeca!

JUANITO.— Con mi padre no te tienes tú que meter.

PEPITA.— Que no se meta tu padre conmigo

JUANITO.— Te estás volviendo muy tonta.

PEPITA.— Más tonto eres tú.

JUANITO.— Por eso me quieres.

PEPITA.— ¿Yo a ti? Quítate de mi vista.

JUANITO.— ¡Pues hemos concluido!

PEPITA.— ¡Pero para siempre!

JUANITO.— ¡Para siempre! (Se *vuelven bruscamente la espalda.)*

D.ª ROSA.— ¿Qué es eso? ¿Empezamos ya? *(Acercándose a Juanito y a Pepita.)*

JUANITO.— Déjenos usted, doña Rosa.

D.ª ROSA.— *(Agarrando por una oreja a Juanito.)* Ven acá tú... A hacer las paces ahora mismo, pipiolos.

JUANITO.— Es que ésta...

PEPITA.— Es que éste...

D.ª ROSA.— ¡Chis, a callar! ¡Vaya con los niños!... *(Juanito y Pepita al principio no se miran siquiera; luego comienzan a mirarse de reojo y acaban por hablarse y por entenderse. Currito y don Cristino se reúnen y hacen comentarios. Doña Rosa se va al lado de Carmen.)* ¿Qué te pasa, mujer?...

CARMEN.— Nada, tía; que no tengo ganas de hablar...

D.ª ROSA.— Pues a ver si pones otra cara, que parece que te has tragado el molinillo. Vete allí con las niñas. *(Carmen se levanta.)* Y siento que no tengas ganas de hablar...

CARMEN.— ¿Por qué?

D.ª ROSA.— Porque a nadie le gusta hablar sin ganas... y como luego tienes que hablar conmigo...

CARMEN.— ¿Otra vez?

D.ª ROSA.— Otra vez. No te muevas de aquí aunque se vayan todos.

CARMEN.— ¡Qué tontería!

D.ª ROSA.— Bueno; pero tú no te muevas. *(Va de un grupo a otro, y en todos se detiene y charla un momento.)*

CARMEN.— *(Dirigiéndose al grupo de muchachas.)* ¿De qué se ríen ustedes tanto?

NIEVECITAS.— De tonterías... Oye... *(Siguen cuchicheando y riéndose.)*

D. APOLINAR.— ¡Caramba, caramba! *(Leyendo.)* «Tres estocadas, tres orejas...» Ése es el camino. ¡Bien, muy bien, me parece muy bien! *(Continúa leyendo.)*

D. TOMÁS.— *(A grandes gritos.)* ¡Mate!, ¡mate!

D.ª ROSA.— ¡Ay, Tomás, que me has asustado!

VERJELES.— ¿En dónde está el mate, señor? Con poner aquí el rey...

D. TOMÁS.— Es verdad; no había yo visto esta casilla... ¡Demonio, qué mal me ha sentado el gazpacho! No, y es que cargué la mano en el pepino...

VERJELES.— *(Mirando a Carmen.)* (¡Ay! ¡Gracias a Dios que no estoy de espaldas al bien que adoro!...)

D. CRISTINO.— (A *Currito.)* Fíjese usted, fíjese usted en aquellos dos. *(Por Antonio y Lola.)* No tienen nada que ver con nadie. Hace seis días que están en relaciones... Ya pueden tocar a su lado un organillo, que no lo notan.

CURRITO.— ¡Je, je! ¡Qué don Cristino!

D. CRISTINO.— *(Señalando a Plácido y a Reposo.)* Mire usted, en cambio, aquellos otros. Diez y seis años de novios llevan...

CURRITO.— Ya, ya lo zé.

D. CRISTINO.— Vamos a acercarnos; verá usted qué conversación más animada. *(Lo hacen.)*

PLÁCIDO.— *(Conteniendo un bostezo mientras habla y bostezando al fin.)* Ayer compré un collar para el perro...

REPOSO.— *(Lo mismo.)* ¿Sí?

PLÁCIDO.— Sí.

REPOSO.— ¿Te ha costado mucho?

PLÁCIDO.— Siete reales.

REPOSO.— Es barato.

PLÁCIDO.— Sí.

REPOSO.— ¿Tiene cascabel?

PLÁCIDO.— Sí.

REPOSO.— Me alegro.

PLÁCIDO.— ¿Por qué?

REPOSO.— Porque sí.

PLÁCIDO.— Ya, vamos.

REPOSO y PLÁCIDO.— ¡Aaaaaah!

CURRITO.— *(Bajo a don Cristino.)* ¡Ay, qué collera!

D. CRISTINO.— Bueno; pues así toda la noche. Espérese usted un momento; verá usted...

REPOSO.— *(Como antes.)* ¿Te he dicho que están adoquinando mi calle?

PLÁCIDO.— No.

REPOSO.— Pues sí. El trozo de casa.

PLÁCIDO.— Falta le hacía.

REPOSO.— ¡Ya lo creo!...

PLÁCIDO.— Como ahora vive allí un concejal...

REPOSO.— Me alegro.

PLÁCIDO.— Y yo.

REPOSO y PLÁCIDO.— ¡Aaaaaah! *(Currito y don Cristino se apartan riendo.)*

D. CRISTINO.— *(Bostezando también como si se hubiese contagiado.)* Parece que se van a comer, ¿verdad?

CURRITO.— Y puede que ze coman.

D. CRISTINO.— ¡Calcule usted! ¡Diez y seis años abriendo el apetito!...

CURRITO.— ¡Je!

(Sale Dolores por la cancela y se va por la puerta de la derecha, después de hablar un instante con don Cristino.)

D. CRISTINO.— Oye, Dolores.

DOLORES.— ¿Qué quiere usté?

D. CRISTINO.— Me han dicho que se va tu novio.

DOLORES.— Vaya con Dios.

D. CRISTINO.— Bueno: ya sabes que yo soy siempre el mismo.

DOLORES.— Pues peó pa usté: debía usté variá y sardría ganando.

D. CRISTINO.— Con tal que tú me quieras...

DOLORES.— ¡Ay, qué grasioso!

D. CRISTINO.— Graciosa tú, terrón de sal...

DOLORES.— *(Yéndose.)* (¡Er pendón der viejo, es más feo que un sombrero de jipijapa!)

CURRITO.— Ziempre está usté ocurrente, don Cristino. Yo me *atarugo* a escape.

D. CRISTINO.— Es de nacimiento. Mi madre me contaba que yo le decía flores al ama de cría... *(Bajando la voz.)* Esta noche la que me trae vuelto loco es Nieves.

CURRITO.— Como que hay que mirarla despacio.

D. CRISTINO.— ¡Cuidado que anda bien de *bulle bulle*!

CURRITO.— ¡Je je! ¡Pues para mí que las caderas zon postizas!

D. CRISTINO.— ¡Vamos; hombre, quite usted de ahí!

CURRITO.— Que zí, don Cristino; fíjese usted bien.

D. CRISTINO.— ¡Quiá! yo se lo diré .a usted luego.

(Carmen, después de detenerse unos momentos con Plácido y Reposo y con Juanito y Pepita, vuelve a sentarse donde estaba.)

D. TOMÁS.— ¡Canario, me vuelve usted tarumba con tanto mirar a todas partes!

VERJELES.— (¡Qué suplicio el de adorar al santo por la peana!)

D. TOMÁS.— Y a propósito, hombre. Estoy tocando el violón.

VERJELES.— ¿Hay novedad alguna?

D. TOMÁS.— *(Con gran misterio.)* ¡Gran noticia! Pepe Romero se va mañana a su tierra.

VERJELES.— *(Poniendo las manos loco de alegría sobre el tablero y deshaciendo el juego)* ¿Qué me dice usted, don Tomás?

D. TOMÁS.— ¡Hombre, hombre! ¡No sea usted fullero! ¡El juego era mío!

VERJELES.— Como a usted se le antoje... Después de nueva tan agradable... *(Suspirando con íntimo gozo.)* ¡Ay! ¡En el tranvía de mi felicidad acaba de entrar un viajero!

D. TOMÁS.— (¡Qué cursi es este hombre!) *(Levantándose.)* Vaya, se acabó: no puedo estar más tiempo sentado.

ROBERTO.— ¿Ganó usted?

D. TOMÁS.— ¡Como siempre! ¿Quién se viene conmigo al jardinillo?

D. APOLINAR.— Este cura, mi señor don Tomás. Vámonos.

D. CRISTINO.— *(A doña Rosa.)* (Creo que ha llegado el momento.)

D.ª ROSA.— *(A don Cristino.)* (Sí.)

D. CRISTINO.— Señoras, señoritas y señoritos; yo propongo que demos una vuelta por la plaza como anteanoche.

NIEVECITAS.— ¡Aprobado!

ROBERTO.— ¡Magnífico!

MATILDITA.— ¡Admirable!

CURRITO.— Me parece muy bien.

VERJELES.— Y a mí de perlas.

ROBERTO.— *(Echando sus cuentas consternado.)* (Se me van las cuatro pesetas en higos chumbos.)

D. CRISTINO.— Pues no hay que perder tiempo.

(Se *levantan todos, menos Carmen, Antonio y Lola.)*

CONCHITA.— Vamos, mamá.

D. CRISTINO.— *(A Carmen.)* ¿Vienes tú también pimientilla?

CARMEN.— No; yo me quedo.

CURRITO.— (¡Mejor para mí!)

VERJELES.— (Su tristeza mal disimulada me hace temer que no le importo un rábano.)

D. CRISTINO.— *(Dándole un pellizco.)* ¡Alegra esa cara, tontuela!

CARMEN.— ¡Ay, don Cristino!

D. TOMÁS.— Pero, hombre, que siempre has de andar pellizcando...

D. CRISTINO.— Mira el otro por donde sale... ¡Si la he conocido así! *(Indicando media vara de estatura.)*

D. TOMÁS.— ¡Bueno; pero ahora está así! *(Indicando la estatura de Carmen.)* Vamos, don Apolinar, vámonos nosotros.

D. APOLINAR.— Vamos.

(Se van por la puerta de la derecha. Don Cristino se entromete en el grupo de las muchachas, las pellizca, bromeando y riéndose, y las empuja hacia la cancela. Doña Rosa invita a irse a las parejas enamoradas.)

D.ª ROSA.— Ustedes, tortolitos, a seguir arrullándose en la calle.

PLÁCIDO.— *(Sin dejar los bostezos.)* Anda...

REPOSO.— *(Lo mismo.)* Anda...

PEPITA.— Mira que vamos a reñir otra vez.

D.ª ROSA.— Dejad eso ahora.

D. CRISTINO.— ¡A la calle, a la calle!

VERJELES.— (Yo voy a meditar a solas mi línea de conducta.) *(Vase disimuladamente por la puerta del foro.)*

ROBERTO.— ¿Vamos, niñas?

NIEVECITAS— Carmen, ¿no vienes?

CARMEN.— No, no estoy buena...

MATILDITA.— Vaya por Dios, mujer.

CARMEN.— Divertirse.

NIEVECITAS.— (Aquí hay gato encerrado.)

(Se *van todos por la cancela charlando animadamente.)*

D. CRISTINO.— *(Señalando a Antonio y a Lola, que continúan sentados como si nada fuera con ellos.)* ¡Eh! ¿Y aquellos dos? ¡Jóvenes, que nos vamos a dar una vuelta!

D.ª ROSA.— Andar, andar...

(Se *levantan y se encaminan hacia la escalera primero, y después hacia la cancela sin quitarse ojo y sin dejar de hablarse.)*

D. CRISTINO— ¡Eh! ¡Que no es por ahí! *(A doña Rosa.)* ¿Usted no ve eso? Nada, y se va sin sombrero el hombre...

CURRITO.— *(Cogiendo del perchero un sombrero de paja.)* Ezte ez el zuyo. Yo ze lo daré.

D. CRISTINO.— Aguarde usted un momento, Currito. *(Hablando bajo con doña Rosa muy rápidamente.)* ¿Dónde está Pepe?

D.ª ROSA.— En la callejuela, arrancándose los pelos del bigote.

D. CRISTINO.— Voy a buscarlo. Usted queda en avisarnos por la ventana cuándo debe entrar.

D.ª ROSA.— Cabalito.

D. CRISTINO.— Pues que sea pronto

D.ª ROSA.— Lo más pronto posible.

D. CRISTINO.— *(Uniéndose a Currito en la cancela.)* ¿Vamonos, Curro?

CURRITO.— Vámonos.

D. CRISTINO.— ¿Qué iba yo a decirle a usted?... *(Deteniéndose un instante.)* ¡Ah! Ya caigo... Que tenía yo razón.

CURRITO.— ¿Cómo?

D. CRISTINO.— *(Bajando la voz.)* ¡Que no son postizas!

CURRITO.— ¡Ja, ja, ja! (Se *van riéndose.)*

D.ª ROSA.— *(A Carmen.)* Espérame tú aquí. Voy a ver qué hacen los del jardinillo. (Hay que atar bien todos los cabos.) *(Vase muy aprisa por la puerta de la derecha.)*

CARMEN.— Pero qué conspiraciones y qué enredos trama mi tía, y qué empeño tiene en hablarme de lo que yo no quiero hablar... Es capaz de revolver Roma con Santiago con tal que nos veamos Pepe y yo. Si ella supiese lo que me atormenta, de seguro no lo intentaba. Pero ni presume siquiera el sacrificio que me costaría verlo y oírlo después de lo pasado... Hablar con él... ¿Para qué si no lo perdono? Me dolió tanto el primer desengaño, que me da mucho miedo del segundo... La misma resistencia que halló el primero en mi cariño hallarían ahora sus palabras... Si él cree otra cosa, ¡buen chasco va a llevarse! No cedo, no, no cedo.

(Vuelve por la cancela Currito.)

CURRITO.— (Ni de encargo encuentro una ocazión como ésta.)

CARMEN.— *(Estremeciéndose al oír pasos.)* (¿Quién es?)

CURRITO.— *(Acercándose a Carmen y poniéndosele inmediatamente detrás.)* (Zeguramente no me aguarda.)

CARMEN.— (¿Pues no estoy temblando?... Si parece mentira...)

CURRITO.— (¡Mira que zi me dijera que zí!...)

CARMEN.— (Pero ¿quién será?)

CURRITO.— (Nada, que me *arranco.)* ¿Da usted zu permizo?

CARMEN.— *(Levantándose muy sorprendida.)* ¡Jesús, hijo, que me ha asustado usted!

CURRITO.— ¿Es de veras?

CARMEN.— ¿Qué hacía usted ahí detrás?

CURRITO.— *(Riéndose.)* Verle a usted los pelitos del cogote...

CARMEN.— *(Soltando la risa.)* ¡Ave María, qué entretenimiento!

CURRITO.— ¡Como que zon preciozos!

CARMEN.— Muchas gracias en nombre de los pelitos. Siéntese usted... (Así habrá quien estorbe.) *(Se sientan los dos a la derecha.)*

CURRITO.— (¡Qué fina!)

CARMEN.— (Primera vez que es oportuno este animal.)

(Pausa. Carmen se sonríe. Currito no sabe cómo tornar la embocadura.)

CURRITO.— La encuentro a usted ojeroza.

CARMEN.— Sí; eso ya me lo dijo usted antes.

CURRITO.— ¿Antes? No me acuerdo

CARMEN.— Yo sí, me hizo mucha impresión la frase.

CURRITO.— ¡Guazona!

CARMEN.— (¡Vaya! ¡Éste viene decidido a todo!) *(Pausa.)* ¿Cuándo llegó usted de su pueblo, Currito?

CURRITO.— Ayer.

CARMEN.— ¿Ayer?

CURRITO.— Ayer de mañana, zí zeñora.

CARMEN.— Y qué, ¿se ha divertido usted mucho?

CURRITO.— Azi, azi...

CARMEN.— ¿Lo menos ha estado usted un mes?

CURRITO.— Un mes y un día.

CARMEN.— Vamos, como las condenas de los presos.

CURRITO.— ¡Guazona!

CARMEN.— (¡Y dale!) ¿Piensa usted volver este verano?

CURRITO.— Es pozible que vaya a una boda.

CARMEN.— ¿Quién se casa allí?

CURRITO.— Manolita Crespo.

CARMEN.— Ah, sí; la conozco. ¿Es muy amiga de usted?

CURRITO.— Psch... regular de amiga.

CARMEN.— Lo pregunto, porque iba a decir que me parece un poquito *espesa.*

CURRITO.— Algo, algo.

CARMEN.— ¿Y quién es el novio?

CURRITO.— Zu primo Arturo.

CARMEN.— ¿Uno que es tuerto?

CURRITO.— Ya no; ze ha puesto un ojo de cristal.

CARMEN.— Eso es otra cosa. Ella tuvo antes otro novio, ¿verdad?

CURRITO.— *(Muy turbado.)* Zí, zeñora... (¡Verá usted zi lo zabe!) ¿Usted lo conoció?

CARMEN.— De oídas.

CURRITO.— (¡Respiro!)

CARMEN.— No sé de él más que lo que me escribió una amiga.

CURRITO.— *(Alarmado.)* ¿Y qué le escribió a usted, puede zaberze?

CARMEN.— (A ver qué cara pone.) Nada; que Manolita había entrado en relaciones con el niño más bruto de su pueblo.

CURRITO.— *(Muy enojado.)* ¿Zí? ¡Pues que me dispenze zu amiguita de usted, pero ezo es ganas de hablar!

CARMEN.— ¿Por qué?

CURRITO.— Porque... ¡porque cualquiera zabe cuál ez el más bruto de mi pueblo!

(Sale doña Rosa por la puerta de la derecha.)

D.ª ROSA.— (Aquellos dos están muy apenados porque no pueden jugar al tresillo... Avisaré al galán... *(Al ir hacia la puerta del foro ve a Currito.)* ¿Eh? ¿Qué es esto? *(Deteniéndose.)* ¿Le parece a usted el muy pollino?... Voy al plantarle la boleta inmediatamente.) *(Acércase de pronto a Currito fingiendo alteración.)* ¡Curro! *(Currito y Carmen se asustan y se levantan.)*

CARMEN.— ¡Ay!

CURRITO.— ¡Zeñora!

D.ª ROSA.— ¿Has visto a Verjeles?

CURRITO.— ¿Cuándo?

D.ª ROSA.— Después que se marcharon todos.

CURRITO.— No...

D.ª ROSA.— ¿Ni has hablado con él?

CURRITO.— ¡Zi no lo he visto!

D.ª ROSA.— Pues te anda buscando... En el jardinillo me parece que está... (A ver si me lo pescan.) Entró aquí lívido, descompuesto... Algo le pasa indudablemente.

CURRITO.— ¿Zí?

D.ª ROSA.— Sí; corre, corre a buscarlo. Con nosotras no guardes cumplidos. Ello ha de ser para algo muy gordo.

CURRITO.— (¡Cuerno! ¿Zi andará la niña ésta en el ajo?) Voy, voy... Dice usted que cree que en el jardinillo, ¿eh?... Con permizo de ustedes... (A eze tío voy yo a tener que darle dos mascás.) *(Vase a escape por la puerta de la derecha.)*

CARMEN.— Pero, tía...

D.ª ROSA.— Déjame tú a mí, que yo me entiendo. *(Vase tras Currito. Sale Verjeles por la puerta del foro.)*

VERJELES.— (Meditando mi línea de conducta me ha parecido escuchar mi nombre... *(Se fija en Carmen.)* ¡Ah, ella sola! ¿Habrá salido de sus labios?... No es posible encontrar ocasión más calva.) *(Acercándose.)* Carmencita.

CARMEN.— ¿Usted aquí, Verjeles?

VERJELES.— ¿Dónde mejor?

CARMEN.— Siéntese usted, si gusta. ¡

VERJELES.— Ya lo creo... *(Se sientan los dos a la izquierda.)* ¡Qué alegre sonrisa!... Es un amanecer de primavera...

CARMEN.— (Pues no sabes tú que va a anochecer muy prontito.) *(Vuelve doña Rosa por donde se fue.)*

D.ª ROSA.— (¡Ajajá! Me lo coge para el tresillo, como yo esperaba. Ya no le sueltan en dos horas. Le avisaremos al apuesto doncel.) *(Al ir hacia el foro repara en Verjeles que habla entusiasmado con Carmen y se queda clavada. De pronto, como obedeciendo a una idea repentina, se acerca a ellos dando muestras de agitación y grita:)* ¡Verjeles!

VERJELES.— *(Levantándose alarmado.)* ¡Señora mía!

CARMEN.— *(Levantándose también.)* (¿Otra vez?)

D.ª ROSA.— ¿Ha visto usted a Currito?

VERJELES.— Antes lo vi.

D.ª ROSA.— Digo ahora.

VERJELES.— Ahora veía cosa bien distinta...

D.ª ROSA.— Déjese usted de flores.

VERJELES.— ¿Pues qué ocurre?

D.ª ROSA.— Que lo anda buscando a usted.

VERJELES.— ¿A mí? ¡Pues a mí el que me busca me encuentra!

D.ª ROSA.— No, pues él no le ha encontrado a usted todavía... Aquí estuvo hace poco. Venía lívido, descompuesto... A la calle se fue echando chispas. Algo le pasa; no le quepa a usted duda.

VERJELES.— ¿Y dice usted que preguntaba por mí?

D.ª ROSA.— ¡Como que a eso vino!

VERJELES.— Pues ustedes sabrán perdonarme... porque presumo que se trata de algo muy serio.

D.ª ROSA.— Muy serio. Vaya usted, vaya usted...

VERJELES.— ¿Dice usted que se fue a la calle?

D.ª ROSA.— A la calle, justo.

VERJELES.— Lo encontraré enseguida.

D.ª ROSA.— ¡En seguida!

CARMEN.— (¡Camino llevas!)

VERJELES.— Hasta luego, señoras mías... (¿Si andaremos a cintarazos por esos ojos?) *(Vase por la cancela como alma que lleva el diablo.)*

CARMEN.— Pero, por los clavos de Cristo, tía, ¿a qué conduce todo esto?

D.ª ROSA.— Tú te callas. Oye, y si viene ahora otro por el estilo, le dices que lo esperan estos dos en las Delicias Viejas... Y aguárdame aquí. *(Vase precipitadamente por la puerta del foro.)*

CARMEN.— No me cabe duda; entre don Cristino y mí tía tratan de favorecer la entrevista de Pepe conmigo. Bien claro está el juego... ¡Qué obstinación...y qué tontería! *(Pausa.)* Pero, ¿será capaz de venir a hablarme? Y yo, ¿debo oírlo?... No, no: de ningún modo... Y por si acaso... *(Va hacia la escalera a tiempo que llega Pepe por la cancela, la ve y la llama.)*

PEPE.— Carmen...

CARMEN.— *(Deteniéndose.)* (¡Jesús!)

PEPE.— Carmen... no se vaya usted. Yo se lo suplico.

CARMEN.— *(Muy sorprendida.)* (¡Se ha quitado la barba!)

PEPE.— ¿Quiere usted que hablemos un momento?...

CARMEN.— ¿Que hablemos?... Yo no tengo nada que hablar con usted.

PEPE.— Yo, en cambio, tengo mucho. Hablaré yo solo. ¿Me oirá usted?

CARMEN.— No respondo de mi paciencia.

PEPE.— Procuraré molestar a usted muy poco tiempo...

CARMEN.— Entonces... ya que esto parece inevitable... (Se *sienta.)* Después de todo, ¿qué más da? Me haré la ilusión de que llega hasta mí el ruido de la fuente del jardinillo.

PEPE.— *(Sentándose también.)* ¡Ojalá le parezcan a usted tan gratas mis palabras!

CARMEN.— Si lo digo por el caso que voy a hacerles... tonto...

PEPE.— (¡Empieza por llamarme tonto!...) *(Pausa larga.)* Carmen... Carmen...

CARMEN.— No me he dormido, no...

PEPE.— (¡Sigue tan burlona la fierecilla esta!) ¿Sabes a lo que vengo?

CARMEN.— Sí; lo he leído en los periódicos de hoy.

PEPE.— Los periódicos no han dicho nada, pero tú lo sabes.

CARMEN,— Entonces, ¿a qué me lo preguntas?

PEPE.— Necesito explicarte... Me llama mi familia a Valencia, y no quiero ni puedo irme sin explicarte...

CARMEN.— ¿Explicarme qué?

PEPE.— Mi conducta contigo.

CARMEN.— Puedes ahorrarte la explicación: la sé de memoria.

PEPE.— ¿Ves tú? Me juzgas por hechos que... así a primera vista... Pero no es eso, no; yo te diré... Mira: desde la última noche que acudí a tu ventana...

CARMEN.— ¿Por qué no tomas la historia desde la primera?

PEPE.— ¿Quieres tú?

CARMEN.— Desde que celebraste con tus amigos tu triunfo; desde que le dijiste a alguno de ellos: «¡Buen hallazgo de feria! ¡Ya tengo novia para toda la temporada!...»

PEPE.— ¿Yo? ¿Pero tú me supones capaz?...

CARMEN.— ¿De decir eso?

PEPE.— Sí.

CARMEN.— Te supongo capaz de pensarlo y de hacerlo...

PEPE.— Por Dios, no me ofendas, que no soy tan malo como presumes ni tan necio como te han dicho. Ese chisme ruin habrá salido del caletre de algún envidioso de mi fortuna.... de alguno que llamó a tu reja un día y otro día... y se fue con dolor en los nudillos, sin lograr que se asomara a los cristales tu carita solada. ¿No es esto verosímil? ¿Quién te asegura que he sido yo el autor de la frase?

CARMEN.— Tu proceder me lo asegura.

PEPE.— ¡Qué cruel eres conmigo!

CARMEN.— Para corresponderte en todo hasta última hora.

PEPE.— *(Levantándose con vehemencia.)* ¿Qué dices?

CARMEN.— Nada.

PEPE.— Sí, sí; no lo niegues, ya que no has podido refrenar esa acusación llena de amargura que se te ha subido a los labios... Tienes razón, tienes razón: ¿a qué voy a disimularlo más tiempo? Confieso que te he hecho objeto de la crueldad más grande... Y el que tú me acuses así, el que así lo comprendas, me causa un íntimo consuelo, porque me prueba que aún vive en tu corazón el recuerdo querido de aquellas noches en que supimos encerrar toda la dicha de la tierra en el marco de flores de tu ventana.

CARMEN.— *(En tono de burla.)* Suena bien, suena bien el surtidor de la fuente del jardinillo...

PEPE.— Carmen, no te burles... Óyeme, que te estoy abriendo mi alma... Yo no he venido aquí a discutir si soy o no culpable, como haría quien quisiese menos, ni si merezco o no merezco tu perdón. He venido a decirte que, a pesar de lo pasado, te quiero más que nunca. Hecha esta declaración sincera y noble, yo te suplico que me creas. No dejes que me vaya de aquí sin una sombra de esperanza... Piensa que acaso, y sin acaso, si me voy así... me iré para siempre. ¿Y no es verdad que es muy triste que tú y yo nos separemos para siempre?

CARMEN.— *(Levantándose.)* Basta ya. He sido muy débil al concederte esta entrevista. No tengo yo la culpa... Palabras ya sabía yo que no habían de faltarte, porque tu cariño de siempre no ha sido más que palabras y palabras que por fortuna se llevó el viento. Es todo inútil, como ves. No te creo; no puedo creerte.

PEPE.— ¿Pero es posible que dudes de la sinceridad con que te hablo?

CARMEN.— ¿Pero es posible que no dude?

PEPE.— No te ofrezco pruebas de mi cariño, porque yo imagino que ninguna hay mejor que esta confesión que te he hecho.

CARMEN.— Pues ya ves que no basta.

PEPE.— ¿No será eso obstinación caprichosa?

CARMEN.— Sea lo que sea no basta.

PEPE.— ¿Es decir, que el mal no tiene remedio?

CARMEN.— No lo tiene.

PEPE.— ¿Que dejas que me vaya?

CARMEN.— Sí.

PEPE.— ¿Que ya no me quieres? *(Carmen niega con la cabeza.)* Dilo con los labios

CARMEN.— No.

PEPE.— Calla, no lo repitas. Tú crees que merezco este castigo; yo te juro que no. En fin,

sea... Acabó el idilio de Sevilla... *(Pausa.)* No olvides que te he suplicado...

CARMEN.— Descuida; no lo olvidaré.

PEPE.— Que he hecho cuanto he podido porque se realizaran nuestros sueños de un día...

CARMEN.— Ya, ya.

PEPE.— Que eres tú la que...

CARMEN.— Sí, hombre, sí. No me olvido de nada. ¡Si vieras qué memoria tengo!

PEPE.— Pues adiós.

CARMEN.— Adiós.

PEPE.— *(Resistiéndose a irse.)* Si alguna vez vas a Valencia...

CARMEN.— Es difícil.

PEPE.— Bien está. Despídeme de tu padre.

CARMEN.— Bueno.

PEPE.— Y de tu tía...

CARMEN.— Bueno.

PEPE.— Diles que no he podido detenerme...

CARMEN.— Bueno; se lo diré.

PEPE.— ¿No me das la mano?

CARMEN.— *(Tendiéndosela sin mirarlo.)* Sí.

PEPE.— *(Estrechándole la mano con emoción.)* Al menos seguiremos siendo amigos...

CARMEN.— ¿Amigos...? Bien.

PEPE.— ¿Nada más?

CARMEN.— Nada más.

PEPE.— ¡Qué tristeza!

CARMEN.— *(Conmoviéndose.)* ¿Tristeza? ¿Por qué?

PEPE.— ¿Qué tienes?

CARMEN.— *(Reponiéndose y alejando su mano.)* Nada. Suelta.

PEPE.— Adiós, entonces. *(Vase.)*

CARMEN.— Adiós. *(Pausa. Corre a la cancela para cerciorarse de que Pepe se ha ido y exclama con pena:)* ¡Se fue! *(Con despecho.)* ¡Se fue!

(Por la puerta de la derecha llega Dolores y se acerca a Carmen con solicitud.)

DOLORES.— ¿Qué es eso señorita? ¿Ha reñío usté der to con er señorito?

CARMEN.— ¡Déjame en paz!

DOLORES.— Le arvierto a usté que debe usté alegrarse; tan retepiyo es el amo como el

moso. A mi Esteban lo he puesto como un reverendo guiñapo en cuanto he sabio que han comprao ya los billetes pa irse mañana. ¿Le párese a usté?

CARMEN.— ¿Cómo te voy a decir que me dejes?

DOLORES.— Asín son tos los hombres. Er mejó debía serví de ferpúo pa limpiarnos nosotras los pies. Por supuesto que pa que mi Esteban no se figure que se me importa un grano de arpiste, ya me he arreglao con ése de la tienda de montañés de la esquina, que me había pedío la conversasión, y que está conmigo desde hase un mes más fino que un dentista. Usté lo conoserá; uno rubio, güen moso, de Cadi é, con er pelo enrisao, que le disen *Arrope*...

CARMEN.— ¿Pero tú te figuras que estoy yo para que me hables de *Arrope*?

DOLORES.— Pos mire usté, señorita, es mu güen muchacho; mantiene a su madre, a su agüelo, que está impedío, a un tío carná, hermano de su padre, y ha juntao pa librá de quintas a su hermaniyo er chico.

CARMEN.— ¿Quieres irte, mujer?

DOLORES.— Es que si usté no fuera tonta...

CARMEN.— ¡Que te vayas te digo!

DOLORES.— Güeno, no se enfade usté, señorita Carmen. *(Yéndose por la escalera.)* (¿Será infelí la pobre? Con su cara y mi genio... ¡traía yo a tos los seviyanos de coroniya!)

(Sale por la puerta del foro doña Rosa.)

D.ª ROSA.— Niña, ¿estás sola?

CARMEN.— *(Nerviosa y descompuesta.)* ¿Sola? No.

D.ª ROSA.— ¿Cómo que no? *(Mirando a todas partes.)* Pues ¿con quién estás?

CARMEN.— Con usted, tía.

D.ª ROSA. —Mira qué gracia. Se conoce que hay buen humor, ¿eh?

CARMEN.— Sí, muy bueno.

D.ª ROSA.— ¿Y Pepe?

CARMEN.— Se fue.

D.ª ROSA.— *(Muy sorprendida.)* ¿Que se fue?

CARMEN.— Sí, señora; que se fue, que se fue, que se fue.

D.ª ROSA.— Bueno, hija, bueno. *(Remedándola.)* Vaya con Dios, vaya con Dios, vaya con Dios.

CARMEN.— Eso falta ahora; que se divierta usted conmigo.

D.ª ROSA. —Es que te pones de una manera

CARMEN.— Mejor, mejor y mejor. Y le suplico a usted que no me venga con paños

calientes. Esto se ha concluido, se ha concluido y se ha concluido.

D.ª ROSA.— ¡Ea, pues se ha concluido! *(Hace que se va y vuelve.)*

CARMEN.— Tía.

D.ª ROSA.— (¡Pues no se ha concluido!) ¿Qué quieres?

CARMEN.— Que la conozco a usted, que la conozco a usted, que la conozco a usted.

D.ª ROSA.— Pero, hija, ¿qué manía te ha dado de hacer tres ediciones de todas las frases?

CARMEN.— No se me vaya usted por la tangente. Ya usted sabe lo que quiero decirle. Cuidadito como vuelva usted a insistir.

D.ª ROSA.— ¿Yo? Dios me libre. Puedes estar tranquila.

CARMEN.— Sí; porque sería usted muy capaz de llamar a Pepe de nuevo.

D.ª ROSA.— Vamos, mujer, no digas disparates...

CARMEN.— Es que aunque lo llamase usted sería inútil.

D.ª ROSA.— Es que no lo llamo.

CARMEN.— No me da a mí la gana de que se vaya a figurar que es cosa mía.

D.ª ROSA.— Pero ¿no te estoy diciendo que no lo llamo?... ¿Quieres que te lo jure? Bastantes quebraderos de cabeza me ha costado ya. Y mira, hablando en plata: después de todo, me alegro de esta solución. Así se hace tu gusto. Más motivos tienes tú que yo para conocerlo, y cuando tú aseguras que es un tarambana...

CARMEN.— A buena hora me da usted la razón.

D.ª ROSA.— Más vale tarde que nunca, hija.... Voy a ver si tu padre quiere algo, y en seguidita la cama será conmigo.

CARMEN.— ¿Va usted a acostarse?

D.ª ROSA.— ¡Ya lo creo!

CARMEN.— ¿Será usted capaz?

D.ª ROSA.— ¡Pues no que no!

CARMEN.— Me parece muy bien.

D.ª ROSA.— Lo celebro mucho, así dormiré más tranquila.

CARMEN.— ¡Tía, tía, tía!

D.ª ROSA.— ¿Vuelta a lo mismo?

CARMEN.— ¡Parece mentira que me trate usted tan mal, con el dolor de cabeza que tengo!

D.ª ROSA.— En cuanto te quedes sola se te quita.

CARMEN.— Tiene usted razón, porque más vale estar sola...

D.ª ROSA.— Eso: que mal acompañada.

CARMEN.— ¡Tía, tía, tía!

D.ª ROSA.— ¡Sobrina, sobrina, sobrina! ¡Que te alivies, que te alivies, que te alivies! ¡Me

tienes hasta el moño, hasta el moño, hasta el moño! *(Vase rápidamente por la puerta de la derecha. Llega don Cristino por la cancela, dado a los diablos.)*

D. CRISTINO.— Pero vamos a ver, ¿qué es esto?

CARMEN.— ¿Usted ahora?

D. CRISTINO.— Pues ¿qué creías? ¿Que yo me iba a quedar con los brazos cruzados ante una picardía semejante? ¿Tú te figuras que se juega así con los hombres?

CARMEN.— Ah, ¿pero viene usted a defenderlo?

D. CRISTINO.— ¡Naturalmente! ¡Y a llamarte a ti tonta de capirote! ¡El demonio de la pelusa esta!... ¡Lo que tú tienes son muchos muñecos en el piso alto! ¡Yo no sé las ilusiones que has llegado a hacerte con ese cuerpo de alfiler de cabeza negra, y esa cara de ochavo, y esa nariz que parece un pestiño!

CARMEN.— ¡Yo sí que no sé lo que usted se ha imaginado que soy yo para tratarme de esa manera! ¿Quién le da a usted vela en este entierro? Si soy fea o bonita y si le parezco a usted esto o lo otro, se lo ha debido usted callar. ¿Le he dicho yo a usted alguna vez que me parece un palillero?

D. CRISTINO.— ¿Cómo un palillero? ¡Niña, niña, más respeto a mis canas!

CARMEN.— ¡Y si usted y mi tía y el otro y el de más allá se han propuesto volverme loca, se equivocan de medio a medio! ¡Pues no faltaba más! ¡Tengo ya la cabeza como un bombo! ¡No me diga usted una palabra siquiera, porque no lo escucho! *(Don Cristino trata de hablar.)* ¡Que se calle usted, don Cristino, que estoy muy nerviosa. ¿No está usted viendo que estoy muy nerviosa? *(Afligiéndose.)* Mire usted que es mucha presión... que ha de hacer una lo que quieran todos... Y la que lo ha echado a perder es mi tía, mi tía, mi tía, mi tía... *(Encarándose otra vez con don Cristino.)* ¿Cómo le voy a decir a usted que se calle? *(Don Cristino huye de ella.)* ¡No quiero oír a nadie, ni ver a nadie, ni entender a nadie!... ¿Quiere usted dejarme en paz, hombre de Dios? ¡Déjeme usted en paz, déjeme usted en paz, déjeme usted en paz! ¡Ay qué sinapismo de viejo, que charla más que un sacamuelas! *(Vase de estampía, lloriqueando, por la puerta del foro. Por la derecha vuelve doña Rosa.)*

D.ª ROSA.— ¡Don Cristino!

D. CRISTINO.— ¡Doña Rosa!

D.ª ROSA.— ¿Y Carmencita?

D. CRISTINO.— ¿Carmencita? ¡Buena la ha hecho usted!

D.ª ROSA.— ¿Yo?

D. CRISTINO.— Usted.

D.ª ROSA.— ¡Ay, qué gracia!

D. CRISTINO.— ¿Gracia? ¡Yo no me río!

D.ª ROSA.— Ah, pues no deje usted de mirarse al espejo.

D. CRISTINO.— ¡Señora! ¿Tengo yo monos en la cara?

D.ª ROSA.— ¿Qué más mono que usted?

D. CRISTINO.— ¿Sí? ¡Pues no le parecí a usted tan feo cuando le hice el amor en Chipiona, que si no está allí aquel teniente de lanceros, me parece que hay *changa,* señora mía! Y bastante le habrá pesado a usted luego que la deslumbrara el brillo del uniforme.

D.ª ROSA.— ¡Vamos, quítese usted de mi vista, espantapájaros!

D. CRISTINO.— No será sin decirle a usted que su sobrina se ha portado muy mal con mi amigo.

D.ª ROSA.— Como su amigo de usted se ha portado tan bien con ella...

D. CRISTINO.— Vaya, no desbarre usted, mi respetable señora.

D.ª ROSA.—- Poco a poco. El que desbarra, mi respetable señor...

D. CRISTINO.— La que desbarra...

D.ª ROSA.— El que desbarra...

D. CRISTINO.— ¿Pero usted cree que tiene más talento que nadie?

D.ª ROSA.— ¡Aviada estaba yo si no tuviese un poco más que usted!

D. CRISTINO.— Le suplico a usted que no olvide que estoy hablando con una dama.

D.ª ROSA.— Yo creo que eso quien no debe olvidarlo es usted.

D. CRISTINO.— ¿Yo?

D.ª ROSA.— ¡Usted!... ¡cara de pipa!

D. CRISTINO— ¿Cómo cara de pipa?

(Sale don Tomás por la puerta de la derecha llevándose las manos al estómago y con muy mal humor.)

D. TOMÁS.— ¿Se puede saber qué le han echado hoy al gazpacho?

D. CRISTINO.— ¡El otro!

D. TOMÁS.— ¿Qué es eso del otro? ¿Pasa algo aquí?

D. CRISTINO.— ¡Nada! Tu hermana...

D. TOMÁS.— Mi hermana, ¿qué?

D.ª ROSA.— Don Cristino...

D. TOMÁS.— Don Cristino, ¿qué?

D. CRISTINO.— Tu hija...

D. TOMÁS.— Mi hija, ¿qué?

D.ª ROSA.— Lo de siempre: Pepe Romero.

D. TOMÁS.— *(Furioso.)* Pero ¡porra! ¿queréis hablarme claro?

D.ª ROSA.— ¿No te digo que lo de siempre?

D. TOMÁS.— ¡Ah! ¿Se trata de nuevos enjuagues? ¡Por vida de...! ¿Cuándo vas a hacerme caso, hermana de mis culpas? ¿Aún no estás persuadida de que ese pollo es un matutero?

D. CRISTINO.— ¡Tomás, mira lo que hablas! ¡Le has dado una bofetada moral a la persona de mi amigo!

D. TOMÁS.— Pues como te descuides te doy a ti otra. Y la tuya, no va a ser moral.

D. CRISTINO.— ¡Mira lo que dices!

D. TOMÁS.— Digo.... digo... digo, que desde que nos trajiste aquí a ese príncipe ruso no tenemos un momento de tranquilidad, ni se habla más que de él a todas horas. Y Pepe para arriba, y Pepe para abajo, y Pepe en la sopa, y Pepe en la berza, y Pepe... ¡Y ya me hace daño a mí tanto Pepe! ¡Ay! *(Llevándose las manos al estómago.)* ¡Y tanto pepino! Porque para mí que el pepino es el que tiene la culpa de esto...

D. CRISTINO.— Lo que yo te aseguro...

D. TOMÁS.— ¡No quiero oír nada!

D. CRISTINO.— ¡Lo oirás, mal que te pese! Quiero que conste que si yo presenté aquí a ese muchacho fue por instigaciones de tu hermana...

D.ª ROSA.— ¡Poco a poco!

D. CRISTINO.— ¡Déjeme usted acabar! Y si ahora toma el tren y se larga a Valencia...

D. TOMÁS.— Si ahora toma el tren y se larga a Valencia —hablemos claro— tú tendrás un verdadero disgusto...

D. CRISTINO.— ¡Sí, señor!

D. TOMÁS.— Porque se te acaba el filón de las cañitas en Eritaña, que todo se sabe.

D. CRISTINO.— ¡Tomás! ¿por quién me tomas?

D. TOMÁS.— ¡Por un viejo chulo! Mira éste.

D.ª ROSA.— ¡Muy bien dicho!

D. CRISTINO.— ¡Señora!

D. TOMÁS.— Si no lo fueras no te irías una noche sí y otra no a beber manzanilla con cuatro flamencos tristes y cuatro pindongas.

D. CRISTINO.— ¡Tomás!

D. TOMÁS.— ¡Cristino!

D. CRISTINO.— ¡O te callas o digo lo de la calle del Espejo!

D. TOMÁS.— ¡Dilo y te salto un ojo!

(Quedan mirándose en actitud amenazadora. Sale Carmen por la puerta del foro tranquila y risueña.)

CARMEN.— ¿Qué pasa aquí? Desde la ventana del gabinete se oyen las voces... ¿Qué es ello, tía?

D.ª ROSA.— ¡Vaya usted enhoramala!

CARMEN.— ¿Qué es ello, don Cristino?

D. CRISTINO.— ¡Vaya usted mucho con Dios!

CARMEN.— *(Acercándose a don Tomás con zalamería.)* ¿Me lo dices tú, papaíto?

(Don Cristino y doña Rosa se sientan y no cesan de mirarlos y de mirarse llenos de asombro, a medida que oyen lo que se dicen padre e hija.)

D. TOMÁS.—Ven a mis brazos, hija de mi alma... No hagas caso de ese par de estantiguas...

CARMEN.— Ya sé yo que tú eres el único que a mí me quiere...

D.ª ROSA.— ¿Le parece a usted?

D. CRISTINO.— ¡Bueno va!

D. TOMÁS.— Sigue tú siempre mis consejos, hija mía, y déjate de historias...

CARMEN.— Pues ¿qué consejos he de seguir más que los tuyos?...

D. TOMÁS.— ¡Bendita seas! Vales un imperio. Tú no sabes la pelotera que he tenido con esas dos visiones.

CARMEN.— No te enfades con ellos, papá... Ya ves tú cómo yo no les digo nada...

D. TOMÁS.— Ni yo tampoco; desde ahora los desprecio. En teniéndote a ti, lucerito, ¿qué más quiero yo en este mundo? Digo, ¿eh? ¡Lo que se quería llevar ese bellaco.

CARMEN.— ¿Qué bellaco, papá?

D. TOMÁS.— ¡Ése... de la tierra del arroz!

CARMEN.— ¿Cuál?

D. TOMÁS.— ¡Pepe Romero!

CARMEN.— Papá, papaíto, por Dios... No te pongas así... ¿Te parece Pepe Romero un bellaco? Yo creo que tú lo miras con pasión...

D. TOMÁS.— ¿Eh?

CARMEN.— Es lo malo que tiene fiarse de hablillas... juzgar a las personas con ligereza... Pepe es más bueno de lo que parece, papá... Yo te lo aseguro... Lo que tiene, que tú no lo comprendes..., porque como apenas has hablado con él... y él ha hecho cosas... así... un poquillo raras... es claro que no lo comprendes.. Pero es muy bueno... no te quepa duda...

D. CRISTINO y D.ª ROSA.— *(Riéndose a más y mejor.)* ¡Ja, ja, ja!

D. TOMÁS.— ¿Cómo, cómo, cómo? Déjate de zalamerías y habla claro. *(A doña Rosa y a*

don Cristino.) ¿Me hacen ustedes el favor de no reírse? *(A Carmen.)* Tú, cabeza de chorlito, explica eso.

CARMEN.— Si te vas a enfadar también...

D. TOMÁS.— ¡Ahora me toca a mí! *(Otra vez a los viejos.)* ¡Porra! ¡Me están ustedes poniendo nervioso con su risa!

CARMEN.— Lo que ha pasado es bien sencillo. *(La escuchan todos con interés y curiosidad. Doña Rosa y Cristino manifiestan al mismo tiempo viva alegría. Don Tomás la mayor sorpresa y alguna inquietud.)* Me fui al gabinete con la cabeza loca... sofocadísima... Me asomé a la ventana para que me diese un poco el fresco de la noche... Y las cosas que dispone Dios, pegadito a la ventana estaba él... ¡Si vieras qué pena me entró al verlo allí... tan solo... tan mustio! Inmediatamente sentí unas ganas muy grandes de perdonarlo... Él no pudo... ni quiso contenerse... principió a hablar y a hablar y a hablar... Y yo, figúrate, ¿qué había de hacer más que escucharlo?... Me fue imposible apartarme de la ventana... Luego se cambiaron los papeles y era yo la que hablaba y él quien oía... Y ahora, por último, hablábamos los dos a un mismo tiempo. Y nada más.

D. TOMÁS.— ¡Ah! ¿nada más? ¡Pues hija mía, si te parece poco!..

D.ª ROSA y D. CRISTINO.— *(Volviendo a la risa.)* ¡Ja, ja, ja!

D. TOMÁS.— En resumidas cuentas: ¡que has hecho las paces con ese bribón!

CARMEN.— No te sofoques, papaíto.

D. TOMÁS.— ¡Basta de papaítos y de carantoñas!

D.ª ROSA.— *(Levantándose.)* ¿Lo estás viendo, Tomás de mis culpas?

D. TOMÁS.— ¡No quiero ver nada! ¡Ni a ti, ni a éste, ni a nadie!

D.ª ROSA.— Descuida: ya me voy.

D. CRISTINO.— Y yo también. *(Se levanta.)*

D.ª ROSA.— *(Yéndose por la puerta del foro.)* (A decirle al otro que venga.)

D. CRISTINO.— *(Yéndose por la cancela sin dejar de reírse.)* (A correr la voz por la tertulia.)

CARMEN.— Tú te quedas, ¿verdad, papá?

D. TOMÁS.— ¡Yo, no! ¡Yo me subo a la azotea con los palomos, únicos seres que no me dan disgustos! *(Esteban, el novio de Dolores, silba en la calle con los bríos de siempre.)*

CARMEN.— Pero ¿te vas enfadado conmigo?

D. TOMÁS.— ¡Contigo, con tu tía, con el viejo ése, conmigo mismo, con media humanidad! ¡Uf, qué sofocación! ¡En el verano no pueden pasar más que desastres! *(Tropezando al subir la escalera.)* Tropieza, hijo, a ver si te revientas de una vez... *(Vase refunfuñando.)* ¡Maldita sea mi estampa!

CARMEN.— *(Tratando de detenerlo.)* Papá... pero papá. Escucha un momento... Nada, es

inútil. Cuando se pone así... *(Baja Dolores muy aprisa.)*

DOLORES.— ¡Ay, señorita Carmen! ¡Cómo va er señorito don Tomás escaleras arriba! ¿Es porque se ha arreglao usté con er señorito Pepe? Sí ¿verdá? No zabe usté lo que yo me alegro...Y ahí está mi Esteban... Y de seguro viene al oló... Y nos arreglaremos también nosotros *(Corriendo hacia la cancela.)* ¡Josú, Josú! ¡Va a tené que ve la cara de *Arrope*! *(A Pepe Romero, con quien se cruza en la cancela al marcharse.)* ¡Ande usté pa dentro, que tiene usté más suerte que un durse!

PEPE.— *(Riéndose.)* ¡Ja, ja, ja!

CARMEN.— ¡Demonio de muchacha!

PEPE.— Pero oye, ¿qué me ha dicho tu tía, que tu padre se ha puesto furioso?

CARMEN.— No te preocupes. Se le pasará en cuanto entre el invierno.

PEPE.— *(Suspirando.)* ¡Ay! Me parece mentira que vuelva a verme aquí, en tu casa, en tu patio, al lado tuyo, en paz y contentos los dos.

(Hablan muy entusiasmados en voz baja. Simultáneamente aparecen Currito por la puerta de la derecha y por la cancela, Verjeles.)

CURRITO.— A ver zi conzigo *arrancarme.*

VERJELES.— A ver si llego en mejor coyuntura. *(Ambos se quedan perplejos al ver el grupo que forman Carmen y Pepe, y avanzan poco a poco con gran sigilo en dirección contraria sin quitarle ojo a la amante pareja.)*

CARMEN.— *(Cariñosamente.)* ¡Trapalón!

PEPE.— ¿Trapalón? Pero ¿no me crees?

CARMEN.— Si no te creyera, ¿estaríamos así?

PEPE.— Es que me vuelve loco la idea de que pueda quedar en tu pensamiento una sombra de duda.

CARMEN.— Mírame bien y te convencerás de que no queda.

(Pepe la mira fijamente a los ojos durante el breve diálogo de Currito y Verjeles.)

CURRITO.— *(Tropezando con Verjeles y en voz baja.)* ¡Hombre!, va ¿usted ciego?

VERJELES.— *(También en voz baja.)* ¿Y usted, cómo va?

CURRITO.— A propózito, ¿qué quería usted conmigo?

VERJELES.— ¿Y usted conmigo?

CURRITO.— ¿Yo?, ¡nada!

VERJELES.— Pues yo ¡menos! (Se ha acobardado.)

CURRITO.— (Ze ha echao pa atrás.)

(Siguen su sigilosa marcha sin dejar de mirar a los enamorados y sin ser vistos por éstos.)

PEPE.— Tienes razón, no queda.

CARMEN.— Te creo, te oigo hablar y te creo; te miro, y te creo... Pero si me equivoco al verte y al oírte y ahora también me estás engañando, no me lo digas nunca... y sigúeme engañando así toda la vida.

PEPE.— *(Estrechándole las manos con pasión.)* ¡Toda la vida así!

(Vuelven a charlar en voz baja.)

CURRITO.— *(Yéndose por la cancela.)* (¡Por algo la encontraba yo ojeroza!)

VERJELES.— *(Yéndose por la puerta de la derecha.)* (¡En el tranvía de mis desdichas acabo de poner el «completo»!)

CARMEN.— *(Al público.)*

Ya veis que nada hay mejor
que un patio de Andalucía
para borrar en un día
desavenencias de amor.
Si alguna sufriendo está
celos, agravio o desvío,
yo le ofrezco el patio mío...
con permiso de papá.

Fin de la comedia